

# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 284.—LUNES 7 DE AGOSTO DE 1854.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## PÁGINAS ILUSTRADAS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

### PRIMERA PARTE.

#### La situación de España.

(Conclusión.)

Reflexiones políticas sobre la actitud del pueblo de Madrid.—Programa de Manzanares.—El pueblo se decide.

### SEGUNDA PARTE.

#### LA REVOLUCION DE MADRID.

Rumores de pronunciamientos.—Diálogo auténtico entre la Reina y Sartorius.—Caída de los polacos.—Córdoba-Ríos Rosas.—Los progresistas.—Política y toros.—Las turbas populares.—Proclama del Comité liberal.—Desarme del gobierno civil.—Palacio se fortifica.—Quema de los muebles de Sartorius y Collantes.—Quema de los de Salamanca.—Quema de los de Domenech, Quinto y Vistahermosa.—Pareza del pueblo.—Ataque del palacio de Cristina.—Invasión.—Lucha.—La plaza Mayor.—Fórmase una junta en la Villa.—Envía una diputación a Palacio.—La casa de Correos.—Gaceta extraordinaria.—Lo que hacía el nuevo gobierno.—El amanecer del día 18.—Trábase el

fuego.—Coraje y heroísmo popular.—Situación anómala.—Un artículo de *Las Novedades*.—Gándara.—La plazuela de Santo Domingo.—La plaza Mayor.—Muertos y heridos.—El brigadier Garrigó.—La artillería en las calles.—Platerías.

### VIII.

Apartando nuestra atención de las operaciones militares, que se encomiendan á pluma mejor cortada, tócanos ponerla ahora en el estado de la opinion pública, y desentrañar las verdaderas causas de que no se encendiera tanto como algunos se atrevían á esperar. Testigos presenciales de todos los sucesos, partícipes de todos los trabajos políticos de aquellos días, podemos ilustrar esta página de la revolución con datos fidedignos y observaciones oportunas.

Los documentos que los amigos del general O'Donnell publicaron el mismo día de la salida de las tropas, no eran de aquellos que hacen al pueblo ver claras la índole y las tendencias de un movimiento político. Documentos impregnados de parlamentarismo, graves en la forma y en el fondo, podían mover á un partido, pero no á un pueblo. La libertad, las garantías, la moralidad, el orden, son palabras muy hermosas,

pero solo palabras, como dice Shakespeare. No fué por cierto la culpa del general O'Donnell, que desde el principio trató de dar claramente á entender el objeto que se proponía; fué de las circunstancias, y de hallarse enteramente cortadas las comunicaciones entre Madrid y el ejército liberal.

Unase á todo esto el ingenio que en desacreditarle desplegaban los polacos. Que no contaba para nada con el pueblo, que no admitía en sus filas á los paisanos que se le presentaban, que no tenía dinero para sostener, que no quería hacer una revolución, sino que su objeto era derribar al ministerio para subir él: y otras noticias por el estilo, que aunque salidas de sus labios, solían circular con crédito entre el vulgo, dispuesto siempre á creer lo malo entre lo malo y lo bueno. Bien que, repetimos, había razon para dudar siquiera.

Así pues, el pueblo, nunca mas receloso y suspicaz que cuando está á pique de hacerse confiado, esperó tranquilo que los sucesos pusieran en relieve las tendencias de la subleva-

ción. Esta tranquilidad solamente duró cuatro ó cinco días, pues al anuncio formal de que el caudillo del pronunciamiento intentaba restablecer la milicia ciudadana como garantía de instituciones verdaderamente liberales, empezaron los ánimos á agitarse y subió de punto la efervescencia. Con efecto, el pueblo que necesita tocar con sus propias manos y ver por sus propios ojos las garantías que se le ofrecen, no pudo exigir ninguna mas grande ni mas segura que su propio armamento.

Pueblo tan valiente, tan heroico como el de Madrid, no podía menos de tener razon, y la tuvo, para no empuñar las armas en los primeros días de julio, puesto que la contraria razon se las hizo empuñar despues del programa de Manzanares.

El 6 del citado mes se repartió la siguiente proclama:

### MADRILEÑOS:

«Ya no hay progresistas ni moderados. Empuñemos las armas del 7 de julio. ¡Salvemos la Libertad! ¡Salvemos el Trono! ¡Abajo el empréstito! ¡Abajo el favorito! ¡Fuera Cristina! ¡Fuera los ladrones!»

En estos mismos días comenzó el comité liberal á imprimir y repartir un *Boletín del ejército constitucional*, para desva-



El Excmo. Sr. D. BALDOMERO ESPARTERO.  
Número 2.º de Páginas de la revolución.



El Excmo. Sr. D. EVARISTO SAN MIGUEL.

necer las imposturas del gobierno, para reparar el silencio que guardaba cuando le convenia, y para decir lo que el movimiento iba ganando. Debe advertirse que todas las noticias del *ole-tin* emanaban del campo de O'Donnell. En el segundo número apareció el siguiente programa:

**ESPAÑOLES:**

«La entusiasta acogida que va encontrando en los pueblos el ejército liberal; el esfuerzo de los soldados que le componen, tan heroicamente mostrado en los campos de Vicálvaro; el aplauso con que en todas partes ha sido recibida la noticia de nuestro patriótico alzamiento, aseguran desde ahora el triunfo de la libertad y de las leyes, que hemos jurado defender. Dentro de pocos días, la mayor parte de las provincias habrán sacudido el yugo de los tiranos; el ejército entero habrá venido á ponerse bajo nuevas banderas, que son las leales; la Nación disfrutará los beneficios del régimen representativo, por el cual ha derramado hasta ahora tanta sangre inútil y ha soportado tan costosos sacrificios. Dia es pues de decir lo que estamos resueltos á hacer en el de la victoria. Nosotros queremos la conservación del trono, pero sin camarilla que lo deshonre: queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la electoral y la de imprenta; queremos la rebaja de los impuestos, fundada en una estricta economía; queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos á la centralización que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios, y como garantía de todo esto queremos y plantearemos bajo sólidas bases la MILICIA NACIONAL. Tales son nuestros intentos, que espresamos francamente, sin imponerlos por eso á la Nación. Las Juntas de gobierno que deben irse constituyendo en las provincias libres; las Cortes generales que luego se reunan; la misma Nación, en fin, fijará las bases definitivas de la regeneración liberal á que aspiramos. Nosotros tenemos consagradas á la voluntad nacional nuestras espadas, y no las envainaremos hasta que ella esté cumplida.

Cuartel general de Manzanares á 6 de julio de 1854.—El general en jefe del ejército constitucional, Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena.»

Este célebre documento, sin duda el mas importante de la historia contemporánea, fué el grito de la revolucion, que estaba ya hecha moralmente, que se aspiraba con el aire, como hemos dicho en otro lugar. En vano *El Heraldo* en sus artículos, y los polacos por conducto de sus viles seides, echaban sobre la frente de O'Donnell como un borron el nombre de moderado, jurando y perjurando que el programa era apócrifo, que no podia aceptar la Milicia Nacional un hombre como él; que se tendia un lazo al pueblo; que la conspiración era contra el trono, y otras paparruchas tan contradictorias como necias. En vano fué toda esta charla, repetitivos. El pueblo, mas sensato que los polacos, comprendió que la oposicion parlamentaria, las lecciones de la esperiencia, y el humillante espectáculo de tanto robo y tanta inmoralidad, podia apartar á un hombre virtuoso y honrado como el general O'Donnell de la senda del moderantismo para lanzarlo á la del progreso; tanto mas, cuanto que esta trasformacion habia sido lenta, razonable, lógica, habia sido obra en fin de muchos años. De cuerdo es mudar así de opinion, como es de polacos mudar en un solo día, en una hora, en un minuto.

Golpe mortal fué para la Polonia esta determinacion del pueblo. *El Heraldo* vomitaba hiel, hiel amarguísima, que sin duda fué minando su existencia, pues hace algunos dias que no tenemos el gusto de verle. Insultos, calumnias, mentiras, todo el lenguaje de los lupaneres, toda la fraseología de las plazuelas, digna en verdad de tal periódico, llovía diariamente sobre el ejército libertador, sobre sus bravos caudillos, sobre sus amigos de Madrid, sobre el pueblo que empezaba á vibrar los rayos de su cólera, sobre todo en fin lo que no era polaco, lo que no era inmundo, lo que no era infame como él y sus patronos.

Entre tanto la prensa liberal, consentida otra vez por el magnánimo Lara, sufría la mayor de las desventuras, que era no poder abrazar, ni aun embozadamente, la causa del país, de los buenos, de la libertad.

Cuatro sucesos muy importantes vinieron á esta sazón á inclinar la balanza del lado de O'Donnell: la union del valiente general Serrano con el ejército libertador, la entrada de Buceta en Cuenca, el pronunciamiento de la caballería de Montesa en Torrejon de Ardoz, y la aparicion de las partidas republicanas del reino de Valencia. Tambien sonó en Madrid que se habia pasado al ejército liberal toda la vanguardia de la division que le perseguía, mandada por el ministro Blaser y por Vistahermosa; pero no estaba bien averiguado.

Ello fué que los bandos de Quinto, las proclamas del *Heraldo* y las noticias ultra-polacas de la *Correspondencia autógrafa*, sin contar las prisiones por lo comun inútiles, por caer en personas limpias de todo pecado, sostuvieron como quien se tambalea á la triste Polonia, hasta que el día 17, dia elegiaco para ella, y para España glorioso, se hundió para siempre con universal aplauso.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

**SEGUNDA PARTE.**

**La Revolucion de Madrid.**

I.

La noche del 16 á las altas horas habian circulado rumores de pronunciamientos; pero como estaba Madrid lleno de ellos hacia cerca de un mes, andaban las gentes remisas en dárles crédito. A la mañana, sin embargo, parecian indubiales los de Valladolid y Barcelona, aumentados por el entusiasmo público con mil detalles que les daban mas valor. Ciertos eran efectivamente los pronunciamientos, y el gobierno que lo sabia vióse obligado á las once de la mañana á presentar su dimision.

La Reina estaba ya muy airada con él de resultas de la siguiente esposicion que el día antes se le habia presentado, y de cierta carta de Valladolid de que se hablará mas adelante.

Dice así la

**ESPOSICION Á S. M. LA REINA.**

SEÑORA:

«En las crisis difíciles que las naciones atraviesan es un deber de los ciudadanos honrados elevar su voz al depositario del poder supremo para ilustrar su razon y afirmar su conciencia, á fin de que, identificándose con la opinion pública que él personifica, satisfaga las exigencias de esta, que nunca se pronuncia uniforme y compacta, sin que la verdad y la justicia la inspiren y conmuevan. Impulsados de tan noble deseo, los que suscriben se proponen mostrar á V. M. el cuadro que ofrece la situacion actual de España, ansiosos de que V. M. lo observe detenidamente, y contemplándolo, fortalezca su ánimo y dé á su corazon el temple necesario para tener uno de esos arranques magnánimos que bastan por si solos á conjurar una catástrofe y á salvar un país entero de la disolucion que le amenaza.

«El trono de V. M. y la sociedad española se encuentra, Señora, en uno de esos momentos solemnes en que pueden servir de ejemplo y de modelo, ó desaparecer de la lista de los demas tronos y sociedades europeas. Si V. M., penetrada de la necesidad del pueblo, escucha sus lamentos y acoge sus ruegos, verá renacer la alegría en todos los semblantes, espaciarse de gozo todos los corazones, y abrazarse como hermanos los que se hallan hoy desunidos y en campos encontrados. Pero si V. M. aparta el rostro y esquiva los oidos al clamor general; si, guiada mas bien por siniestros consejos que por impulso propio, se empeña á todo trance en cubrir con su manto las pasiones mezquinas de un pequeño número, para sobreponerlas á la conciencia pública; si seducida y fascinada se propone hacer buena la temeridad de sus ministros, entonces, Señora, será el suelo de España el teatro donde la discordia representará al mundo el mas sangriento drama que ofrezcan sus anales.

«Es incomprendible, Señora, que una persona que debe á la naturaleza dotes morales tan excelentes y de tan alto aprecio como los que adornan á V. M.; que tanto afan ha manifestado siempre por el bien de sus súbditos y por la gloria de su reinado, y en quien los sentimientos del corazon marchan á la par con la claridad de la inteligencia, haya acordado su confianza de algun tiempo á esta parte á hombres que la han ido alejando cada vez mas del camino que V. M. habria seguido ciertamente por si sola, hasta haberla traído al borde del precipicio donde se halla hoy. Ese contraste que se nota entre las cualidades de V. M. y la abyeccion de los que la rodean é influyen en su ánimo, parece que no puede ser sino providencial, para que V. M. al mirar á sus pies ese abismo se detenga, y por uno de esos actos instintivos del espíritu en los grandes peligros, comprenda la perfidia de los que la conducen, y sepa en adelante distinguir las malas artes, del verdadero mérito.

«El pueblo ama á V. M., Señora. El pueblo, que al quedar huérfano V. M. en sus primeros años la adoptó como hija; que derramó luego tesoros de sangre y de heroísmo por defender su trono; que ha deplorado constantemente verla víctima de ambiciones privadas; el pueblo, en la rectitud y sensatez con que procede siempre, no hace á V. M. responsable de culpas que son de otros y no suyas. Pero las vejaciones, las ilegalidades, los insultos de que lo han abrumado los ministros de V. M., han agotado ya su sufrimiento, y no será extraño que al descargar sobre ellos el peso de su enojo, se viese V. M. envuelta por el torbellino, si lleva su bondad hasta permitirles que se escuden con el nombre y con el trono de V. M. El pueblo español, paciente y resignado mas que ningún otro, es por lo mismo mas temible en el desbordamiento de sus iras, y si la pasion llegase á dominarlo, tal vez atropellaria ciego en V. M. al objeto que ama.

«Los que pretenden que la autoridad y el prestigio del trono exigen que V. M. sostenga á sus ministros hasta vencer esa rebelion que ha producido el descontento general contra los mismos, tergiversan y truncan el sentido de las expresiones, y comprometen en todos conceptos á V. M. La autoridad y el prestigio los conserva el trono consultando y satisfaciendo las justas aspiraciones de la opinion pública. Cuando esta se manifiesta de un modo irrecusable por todos sus órganos, en la prensa como en el parlamento, en las plazas públicas como en el interior de cada familia, é obstinarse en contrastarla y enseñorearse de ella es lo mismo que empeñarse en disipar el aire comprimiéndolo en un vaso cerrado: él lo desharia con estrépito, arrojando los pedazos al rostro del indiscreto operador. Los reyes, Señora, principalmente los que por su corta edad no han tenido tiempo de adquirir la profunda esperiencia que da un largo reinado, como sucede á V. M., pueden ser alucinados por sus consejeros y conducidos en direccion opuesta á la que demandan los intereses generales; pero cuando esta conducta equivocada ocasiona en el país una perturbacion; cuando se lanza un anatema universal contra un ministro prevaricador; cuando se ve una guerra civil en perspectiva, y el suelo, apenas enjuto todavía de la sangre que lo enrojeciera en una lucha, espuesto á anegarse de nuevo en mas sangre y mas lágrimas, la dignidad del trono reclama que el monarca, en vez de seguir deslumbrado por la errada senda, se vuelva hacia su pueblo y le tienda su mano para apaciguarle y para marchar al frente de él, por donde aconsejan la razon y el bienestar público. El principio de autoridad es santo: nada que sea injusto, arbitrario, apasionado, puede obrarse en su nombre, ni nadie cuya individualidad esté desautorizada es idóneo para representarlo. ¿Qué autoridad puede invocar el primer ministro de V. M., el conde de San Luis, cuando sus antecedentes públicos y privados le desahonan y le relegan á la hez como funcionario y como hombre? Ni militar, ni magistrado, ni diplomático, ni jurista, ni nada de lo que requiere algun saber y algun estudio: carece de títulos á la consideracion del país por no haberle prestado ningun servicio positivo. Hábil en disfrazar la lisonja con la máscara del sentimiento, ha ido gradualmente obteniendo la proteccion de varias personas que lo han encumbrado, para venderlas y traicionarlas luego cuando ha dejado de necesitarlas. El fatal talento y la única aureola política que le pertenecen consiste en haber empleado la seducción y los malos manejos para falsear las elecciones que dirigió en su primer ministerio y para traer al Congreso una porcion de adeptos personales, lo cual le hizo erigirse en jefe de partido; pero así adulteró el sistema representativo, y sembró en el país un germen de desmoralizacion que ha dado frutos deplorables y que ha de costar mucho exterminar. ¿Qué autoridad puede ejercer este hombre funesto en quien la alevosia y la mala fé se disputan la prioridad con la soberbia y la osadía, y á quien sobra de ambicion y liviandad de miras lo que falta de honradez y de capacidad? No: la autoridad representada por el conde de San Luis es, Señora, un sarcasmo, y jamás conseguirá imponerse á la Grandeza de España, á la magistratura, á la milicia, á hombres, en fin, que han encanecido en una carrera meritoria, que estan cubiertos de cicatrices recibidas en defensa de V. M., que son las ilustraciones de su patria y la personificacion de todas las glorias nacionales.

«Aparte V. M. de su lado á ese procaz ministro, que procura ofuscarla persuadiéndola de que tiene enemigos que conspiran contra su persona, contra su trono y dinastia. Quiere por este medio amalgamar su suerle con la de V. M., para que si no puede salvarse juntamente con V. M., se pierda al menos V. M. á la par con él mismo. Desoiga tambien V. M. los consejos artificiosos y parciales de la reina madre. Esta señora parece que llevó á V. M. en su seno y la dió á luz para complacerse luego en inmolarla á su capricho y á su insaciable sed de oro de que está devorada. Fuera de la vida nada debe V. M. á la reina Cristina, ni ella ha otorgado á España beneficio alguno para que V. M. le tribute sumision y obediencia en su conducta regia. Apenas desrendido á la tumba el padre de V. M., su viuda, gobernadora del reino, daba á V. M. el pernicioso ejemplo de un amor impuro, que principió por el escándalo, que concluyó diez años después por un casamiento morgánico, y que ha traído al país males incalculables. Poco severa ella misma en los principios de sana moral que deben ser la base y fundamento de la educacion de los príncipes, ni supo inculcarlos en el ánimo de V. M. mientras fué niña, ni se cuidó mas que

de acumular oro y de preparar desde temprano un peculio crecido á su futura prole. El desprendimiento, el desinterés, los sentimientos generosos que brillaron en su espíritu, y que solo sofoca la pequeñez de cuantos la favorece podrá desarrollar, preparando á V. M. un porvenir fecundo en hazanas y en glorias. Llegada la época del matrimonio de V. M., suceso que tanto debia contribuir á la fijacion de su destino, V. M. sabe muy bien las sugerencias que empleó la reina madre para que V. M. aceptase un esposo que no tenia otro mérito, á los ojos de aquella, sino el de creerse hábil para menoscabar la omnimoda influencia que ella queria ejercer en los negocios del Estado. Jamás madre alguna obró con mas capciosidad ni con menos solicitud para asegurar la felicidad doméstica de su hijo. Por este medio continuo siendo, como lo era antes, el alma del gobierno, dando siempre á V. M. consejos examinados á su propio provecho, sin importársele que la realizacion de ellos fuese mal recibida por el pueblo, ni amenguase el amor que él profesaba á V. M. Apenas ha habido contra monopolizadores á que no se haya visto asociado el nombre de la reina madre. El resorte para que un ministro ó un hombre público hayan obtenido la proteccion y apoyo de esa Señora, ó provocado su animadversion, ha sido pactar ó no con ella el servicio de sus intereses. Esto lo sabe el pueblo, y aun cuando ha callado tanto tiempo, es muy posible que en un momento estalle, siendo la erupcion de la cólera tanto mas violenta, cuanto mas comprimida estuviera hasta aquí.

«V. M. está en el caso, Señora, de emanciparse de esas influencias que la han tenido como prisionera, y que al verse ya justamente exonerada del aprecio público, pugnan en su despecho por arrastrar á V. M. y precipitarla en su caída. Si algunos creen que V. M. no está del todo exenta de culpa, no negarán al menos que es muy escusable por las circunstancias en que la han colocado, y que á muy poca costa puede rehabilitarse con su pueblo, y recobrar multiplicada la adhesion y cariño que le ha inspirado siempre. V. M. ha recordado alguna vez con entusiasmo y con anhelo de imitarlos los hechos memorables de la augusta predecesora de V. M., primera de su nombre. Un ancho campo se presenta á V. M. para reproducirlos con ventaja. El pueblo español, noble caballero, monárquico por escelerencia, responderá con ardimiento á la voz de su reina si se dirige á él con confianza. El conoce muy bien que V. M., joven, bondadosa y de aliento esforzado, es el único centro de donde puede emanar su prosperidad y su engrandecimiento; y aun cuando considera natural que V. M., como todas las gentes, tenga sus preferencias en la esfera de las simpatías y de las afecciones íntimas; pero la mira con dolor sacrificada á esa turba logrera que la asedia, y cuyo solo afan es buscar medro á expensas de V. M. y de los intereses nacionales. A la menor señal de V. M., él correrá presuroso á levantar su nombre y su reinado á las mas altas zonas, y á hacerlas brillar con el lustre que les corresponde. Esas disidencias que se han suscitado en el ejército y en algunas provincias, y que estan sostenidas mas bien que por las armas por el disgusto público, V. M. puede disiparlas instantáneamente en cuanto se muestre decidida á restaurar los fueros de la ley, que han hollado impudentes esos falsos amigos y criminales consejeros. Hable, Señora, V. M.; dirija á su pueblo una sola palabra de union y de concordia, una mirada que revele su amor, y como por encanto cesarán todas las escisiones, se confundirán todos los partidos, y la España, en lugar de desastres, ofrecerá entonces uno de esos espectáculos sublimes que el mundo contempla admirado y absorto, y que son patrimonio de esta tierra clásica del heroísmo y de la magnanimidad; ¡pues ¡ay de V. M., Señora, si desoye tan leales ruegos! El suelo de España arderá pronto en la guerra civil mas asoladora y cruenta, y en él se levantarán, por desgracia, toda clase de banderas, menos la de V. M., enseña profanada y envilecida por un ministerio tan infame.»

Madrid 16 de julio de 1854.

Los polacos ignoraban la presentacion de este papel y el efecto que habia hecho en S. M.

Noticias fidedignas que á la de pocos españoles habrán llegado, nos permiten relatar aquí lo que entonces sucedió en la regia cámara.

Presentóse el conde de San Luis con aquella cínica insolencia que le hacia semejante á D. Rodrigo Calderon, y le preguntó la Reina con extraordinaria vivacidad:

—¿Qué hay de las provincias, Sartorius?

—Nada, señora, absolutamente nada, respondió el ministro.

Todas es un tranquilas.

—Y de Valladolid ¿qué hay?

—Nada tampoco.

—¿Estás seguro?

—Sírvase V. M. leer esas comunicaciones, altamente satisfactorias, del capitán general y de otras autoridades de Valladolid.

—Lee tú mientras tanto esa otra carta.

Y la reina le presentó una, escrita en Valladolid, y llena de pormenores sobre el pronunciamiento.

—¿Quiéren perderme, Señora! exclamó Sartorius dirigiéndose á la Reina en ademán suplicante.

—¿Tú sí que quieres perderme á mí! ¡tú sí que has puesto en peligro mi trono vendiéndome y engañándome!

—Yo tranquilizaré el país. Juro á V. M....

—Na la jures.

—Déme V. M. ocho dias...

—Ni ocho minutos.

Esto fué, con ligerísimas alteraciones de forma, que no de fondo, lo que pasó en la cámara real á las once de la mañana del 17 de julio. Fué la caída de los polacos tan vergonzosa, como digna de su elevacion comprada con bajezas.

El gozo que esta noticia difundió en Madrid, es imponderable. Personas desconocidas se abrazaban fraternalmente en calles y plazas; pero á poco vino á aguar tan espontáneo jubilo la noticia de estar confinado el nuevo ministerio al general Córdova, hombre antipático y sin crédito como político y como militar. Templó un tanto este disgusto el saber que andaba en negociaciones con algunos progresistas y con D. Antonio de los Rios y Rosas; pero á la reaccion liberal que en pocas horas se habia verificado le parecia ya poco.

Y lo era con efecto. Habiendo hecho el programa de O'Donnell una revolucion moral, no podia hacerse otra en el gobierno no sino con el programa de O'Donnell. Y en todo se pensaba menos en él. Hablábale mucho por los negociadores de libertades, de moralidad, de economía; pero nada de garantías vivas, reales, verdaderas, teniendo O'Donnell como tenia ofrecidas la Milicia Nacional y reformas marcadas. Esto prueba que aquel ministerio no aceptó el programa de O'Donnell, porque buen cuidado hubiera tenido en publicarlo en los primeros momentos para calmar la efervescencia. A esto se nos dirá que el ministerio no juró hasta la madrugada, al son de los tiros; pero el general Córdova habia jurado á mediodía, y visto el aspecto de la poblacion, pudo y debió por sí solo ó en nombre de S. M., desdenando toda fórmula, que no era ocasion de fórmulas, anunciando al público terminantemente su proyecto. Si pensaba gobernar como el general O'Donnell, no debió temer que sus futuros compañeros desaprobasen su conducta, puesto que

tan  
be  
se  
gu  
tra  
ven  
dal  
des  
su  
no  
no  
rid  
sig  
sos  
tid  
can  
un  
exa  
ard  
toc  
nea  
cos  
La  
un  
est  
nel  
tor  
jun  
ser  
un  
tod  
tan  
net  
Su  
tin  
tor  
bar  
ter  
tam  
pop  
men  
tar  
apo  
que  
en  
gua  
dian  
ent  
de  
cau  
pel  
pac  
ter  
zar  
pos  
del  
ma  
tru  
un  
dor  
han  
en  
ron  
un  
En  
zali  
del  
po  
sio  
al  
tai  
es  
ca  
ca  
la  
co  
di  
re  
ed  
tal  
tu  
se  
de  
ó  
lo  
de  
to  
qu  
co  
fo  
so

tambien pensaria ponerles por condicion de la cartera el gobernar con arreglo al programa de Manzanares.

Lo que hay de cierto en esta trascendental cuestion es que se pensó muy poco, si se pensó algo, en garantías populares; que se creyó posible acallar á la opinion pública con dar entrada en el ministerio á D. Antonio de los Rios y Rosas y á tres progresistas, que en otras circunstancias hubieran sido verdaderamente garantías respetables; y por último, que an- daban válidas todavia las influencias palaciegas, puesto que después de formado el ministerio por el general Córdova pasó su presidencia á D. Angel Saavedra, duque de Rivas.

Elo fué que en las altas horas de la noche del 17 de julio no habia en la corte de las Españas gobierno reconocido, y que la guarnicion de Madrid se hallaba en una de las situaciones mas criticas que puedan imaginarse.

A quella tarde se habia empezado á manifestar en la corrida de toros el espíritu público de una manera templada, pero significativa. Durante la funcion nadie reparaba en sus diversos lances, tan estimados de la gente madrileña, que reparada aqui y allí por las localidades de la plaza, ocupábase únicamente en discutir y pensar la grave situacion política. Era un dia de los mas calorosos de julio, que tambien contribuyó á exaltar los ánimos. Ocurrióse á algunas personas, de las mas ardientes en la opinion, pedir á grandes voces que la música tocara el himno de Riego, y con esto se introdujo ya espontáneamente la forma en que habia de empezar el movimiento.

La salida de la fiesta, que es uno de nuestros cuadros de costumbres mas característicos, fué o esta vez mucho mas. La multitud vociferaba por la gran calle de Alcalá frases en un principio ininteligibles, que rompieron á la postre en vivas estrepitosos á la libertad, á la Constitucion de 1837, á O'Donnell, á la Milicia Nacional, y en mueras amenazadores á Sartorius, á Quinto y á los polacos principales. Hallábase á la sazón junto al café Suizo un músico de estos alemanes, que las miserias ó las revoluciones lanzan desde el Rhin al Tajo, y verle un grupo de jóvenes, y ordenarle tocar el himno de Riego todo fué un punto. Resistíase el alemán temeroso, acudió al tumulto un municipal, bien ageno de lo que pasaba, y al penetrar en el corrillo vióse desarmado, golpeado y escarnecido. Su sombrero napoleónico que voló por el aire oyó clara y distintamente el primer viva á la libertad.

No se reducía la exaltacion á los concurrentes á la plaza de toros, que la misma reinaba, si bien menos pronunciada, en los barrios altos y bajos de Madrid. Al anochecer tomó un carácter mas alarmante. Ya podrian no escucharse los vivas distintamente; pero los mueras á nadie dejaban duda de que el odio popular se desataba contra Cristina y el ministerio caido. Numerosísimos grupos invadieron la Puerta del Sol, punto militar de los mas importantes de Madrid; y aunque inermes, se apoderaron de los derribos del Buen-Suceso y calle del Carmen que hacia á manera de parapetos. Desde allí, sin desmandarse en lo mas mínimo, seguian gritando para entusiasmar á la guardia de Correos, á quien otros grupos estrechaban y aturdiaban mas de cerca.

A todos vinieron á dar alas, por decirlo así, los repartidores de *La Nacion* y *La Época*, cargados de hojas volantes, donde entre mil aclamaciones y alardes de entusiasmo se daba cuenta de la caída del ministerio y se hacian votos por el triunfo de la causa popular. Los grupos no leian, que devoraban estos papeles, con los cuales se mezcló la siguiente proclama:

**MADRILEÑOS:**

Valladolid, Barcelona, Granada han respondido al grito nacional de 28 de junio. La camarilla cede. El inundo ministerio del conde de San Luis ha sido sacrificado para reemplazarlo con otro que empastele la situacion. No hay transacion posible. Ni el ejército constitucional la admite, ni el pueblo debe admitirla. ¡A las armas, nacionales de Madrid! ¡A las armas, ciudadanos! Caigan á nuestros pies todos los tiranos; destruyamos de una vez á todos los ladrones, y consolidemos de una vez el triunfo de la libertad. No mas espera; no mas perdón. El sol de mañana debe alumbrar vuestra gloria y la eterna humillacion de vuestros enemigos.

**EL COMITÉ LIBERAL.**

*Madrid 17 de julio á las cuatro de la tarde.*

Después de esta proclama el pueblo obró por sí mismo y entregado á sus propias inspiraciones, hasta que se organizaron las barricadas.

Al cerrar la noche adquirió el movimiento gravedad, por unirse al pueblo gente de la que la ropa hace llamar decente. En todos rebosaba el entusiasmo, imaginándose que fraternizaba la guarnicion con el vecindario. Los regimientos, las partidas, los oficiales y soldados sueltos que se encontraban acaso por las calles eran victoreados y festejados con la mayor efusion, llegando hasta el punto de acompañarlos á sus cuarteles al son de festivas aclamaciones.

Al mismo tiempo repicaban algunas campanas, y otras se tenían á rebato.

Entre tanto grupos tambien numerosos acudian un sí es no es hostiles á tres puntos diferentes: al Gobierno civil, en la calle Mayor; á la casa donde vivian Sartorius y Collantes, calle del Prado esquina á la del Leon; y á la de Salamanca, en la calle de Cedaceros, esquina á la del Sordo y paralela por consiguiente á la iglesia de los Italianos.

Era pública voz que los municipales que componian la guardia del Gobierno civil se hallaban comprometidos con los directores del movimiento á entregar las armas existentes en el edificio, que no eran pocas; pero el pueblo adelantó la hora notablemente, que debió de ser de 10 á 11 de la noche, y por fortuna ellos no se resistieron en ningun modo. Inmediatamente se precipitó á las oficinas una multitud inmensa, que salió poco después á la calle, armada quien de escopeta, quien de sable ó de fusil á la aventura. Es indescriptible la envidia con que los rezagados miraban á los 300 ó 400 que lograron armarse de esta manera.

Culpa trascendental y gravísima, falta de esas que la historia debe de consignar en sus páginas para eterno baldon del que la cometiera, aunque en este caso no es sabido quien fuese, cometió sin duda el comandante de la guardia del Palacio Real fortificándose con toda premura y destacando su gente en gruesos pelotones á manera de avanzadas por todas las cercanías.

Por la parte meridional ocupaban estos pelotones la cuesta de la Vega, la plaza de Procuradores, y la de la Almudena hasta los Consejos, y por la parte norte ocupaban la plaza de Oriente, la de Isabel II con descubiertas á la bajada de Santo Domingo, y hasta el convento de San Martin, antiguo gobierno político.

Poniendo así en estado de defensa lo que nadie pensaba en atacar, no se hizo un insulto á la generosidad del pueblo, y una provocacion á su bravura?

No era menos curioso el espectáculo que á la sazón presentaban los dos puntos citados anteriormente. Los grupos de la calle del Prado empezaron por arremolinarse á la puerta de Sartorius. Ocho hombres de la guardia municipal, que el único ministro tenia para la suya, formáronse en batalla en el peristilo, y aun hizo fuego uno de ellos desatentado. Cayó herido de muerte en el corazon uno de los inermes espectadores, y aquella fué la señal de que el pueblo se lanzara adentro. Acertada anduvo la guardia en rendirse al primer avance, que la hubiera hecho pedazos de lo contrario. Y ¡cosa digna de eternas alabanzas! aquel pueblo que acababa de perder á uno de sus hermanos, apenas maltrató á los municipales, y contentóse con quitarles las armas. Hay sin embargo quien asegure que uno de ellos fué herido, sin duda el que hizo fuego á los paisanos.

Acto continuo comenzó el saqueo; pero hemos dicho mal: el saqueo envuelve en sí la idea de pillaje. Allanados por las turbas el piso bajo y principal, que era donde moraban los dos ministros, empezaron á llover á la calle por balcones y ventanas los muebles y los objetos mas lujosos, que iban formando una pira, donde no tardaron los concurrentes en poner fuego. Nada en su santo enojo respetaban. Así las colgaduras de terciopelo de Utrech como las butacas de cuero de Córdoba, y las vajillas de Sevres, y los ricos encajes de la mujer de Collantes, iban á parar á la hoguera, entusiasmado á los actores y espectadores de aquel curioso drama. Las pocas personas que dentro habia, ni la menor lesion recibieron, ni el menor insulto; pero de los muebles quedó la casa desocupada.

Media hora despues llegaban las llamas á los tejados, y por fortuna acudió una bomba de la villa, que era inminente el peligro de las casas próximas. ¡Media hora consumió el fruto de tantos robos, de tantos ágios, de tanta inmoralidad! ¡Qué lecciones guarda la Providencia á los mortales!

La casa de Salamanca presenció escenas de otro género. Poderoso y sibarita el objeto de los odios populares, reunia en su mansion cuanto la riqueza y el lujo tienen de mas selecto. Cuadros de mérito, muebles riquísimos, tapicerías, jarrones de plata, chucherías de oro para las mesas... renunciamos á describir cuadro tan horroroso. Allí estaba la sangre del pueblo convertida en mercancías de un alma baja. Todo voló á la calle; y era de ver cómo tal mendigo que apenas se cubria las carnes, sacaba de la casa maldita un objeto de mas valor que todos sus sueños realizados, y lo arrojaba á la hoguera sin vacilar, sin mirarlo, sin que le arrancase un suspiro. Menos honrado otro, que tenía levita por mas señas, como aquella noche murmuraba la gente del pueblo, acertó á apoderarse de un número no escaso de cubiertos de plata, que ya se guaraba precipitadamente, cuando fué descubierto por las turbas, que sin oír sus quejas ni las protestas que hacia invocando á su necesidad, le arrebataron su robo que fué á parar á la hoguera, maltratándole de paso á él tan gravemente que murió á la puerta misma de la calle donde es uvo insepulto cerca de dos dias. ¡Tremenda justicia la del pueblo!

A par de los que dejamos descritos se verificaban los incendios de la casa de Domenech, ministro de Hacienda, y del corregidor Quinto, y los de todos los cajones que tenia para sus guardias la municipal en plazas y calles. Para dar fin á este punto incluiremos tambien en la cuenta la casa del conde de Vistahermosa, situada en la calle del Barco, saqueada mas tarde y que fué donde hizo el pueblo mas destrozos y demostró mas claramente su generosidad. Cuéntase que al ir á arrojar desde un balcon cierta caja misteriosamente cerrada, una mujer perteneciente sin duda á la servidumbre del conde, advirtió que aquella caja estaba llena de billetes de banco y que no debía arrojarse al fuego; pero los circunstantes la arrojaron sin vacilar replicando: «Se lo regalamos al Banco.»

Puede asegurarse sin temor de ser desmentidos que en ninguno de estos saqueos se cometió un solo exceso vergonzoso, mientras corrieron á cargo del verdadero pueblo, del pueblo que victoreaba á O'Donnell, á la Constitucion y á la libertad. Acudieron mucho mas tarde á revolver las cenizas traperos y gente ruin, que se apoderaron de algunas alhajas y sobre todo de algunas barras de plata derretida; pero no les valieron sin embargo todos sus artificios y mañas, pues el que no fué cogido infraganti por el pueblo y castigado, fué descubierto despues y presentado á la autoridad por el mismo pueblo.

**II.**

Los mas valientes de los grupos, entre los cuales apenas se veian armas, habian acudido desde las primeras horas de la noche al palacio de Cristina, situado como sabe todo el mundo en la plaza de los Ministerios con vistas y puertas á la de la Encarnacion. Por aquí, segun de público se dice, huyó al oír los primeros gritos la viuda de Fernando VII.

Construido este palacio con pretensiones á la manera inglesa, tiene la entrada principal por un patio semicircular, cerrado con altas verjas. Del fondo de este patio parten dos escaleras á un corredor cerrado de cristales de colores, que comunica ya con las habitaciones principales.

La guardia estaba formada en el patio y la verja abierta cuando llegaron los primeros grupos. El número de la guardia, segun nuestras noticias, era de veinticinco á treinta hombres con un oficial.

La primera accion del pueblo fué destruir las garitas exteriores y todas las persianas y cristales de la planta baja del palacio.

Como estaba desarmado detúvose á la verja como en observacion, y desde allí trabóse de palabras con la guardia. El oficial se resistía á que penetrase en el palacio, y el pueblo pugnaba por conseguirlo; pero viendo la actitud hostil que ya tomaba la guardia, retroció asustado un sí es no es. Entonces las mujeres, que en gran número engrosaban sus filas, apellidándole cobarde y ruin, penetraron en el patio denodadamente y no se necesitó mas para que todos se lanzaran. Imposibilita-

da de obrar por la estrechez del recinto, ó temerosa ó convencida en favor del pueblo, que fué lo que primeramente se creyó, salióse la guardia del patio con el oficial á la cabeza y fué á formarse enfrente del ministerio de Marina.

Lo que pasó en aquella mansion suntuosa está ya dicho en nuestro anterior relato. Hubo sin embargo mas respeto en el pueblo, que no arrojó instantáneamente los muebles por los balcones, contentándose al principio con tenderse en las butacas y destrozar los espejos; pero escitado sin duda su furor, acabó por prender fuego en las colgaduras y hacer hogueras en la calle.

No le duró mucho tiempo esta diversion. Cuando mas embebida estaba la gente de la calle en aplaudir la caída de los muebles y el chisporroteo que hacian en la hoguera, y cuando los balcones del palacio estaban llenos de personas, en su mayor parte decentes, que sostenian con los de abajo pláticas graciosísimas contándoles con sal y pimienta lo que hacian y lo que veian, estendióse en linea la guardia hasta cerrar la anchurosa plaza de los Ministerios, y ahogó la voz de ¡fuego! los gritos de aquella alegre multitud.

Espanto y desolacion reinaron breves momentos, hasta que el ¡ay! de los moribundos y las exclamaciones de coraje sucedieron á la descarga cerrada. Estando el palacio henchido así como las afueras, no hubo tiro que no se aprovechase, y con esto y con la precipitacion de los que corrian, de los que bajaban las escaleras rompiendo los vidrios de colores, y de los que se concertaban para resistir aquel ataque traidor, presentaba aquel recinto uno de los cuadros mas horrorosos que puedan imaginarse. Baste decir que hubo hombre que por apresurarse á salir del patio, trepó las verjas y se encontró casi imposibilitado de subir ni de bajar.

Estos al parecer fueron los primeros tiros que sonaron en Madrid la noche del 17 de julio; pero no tardaron en oirse muchos mas hácia la Plaza Mayor y la Puerta del Sol.

El primero de estos sitios, que es de suma importancia estratégica, vióse lleno desde las primeras horas de grupos que se contentaban con victorear y oír el entusiasta himno de Riego. Cuando la actitud de las tropas puso en todos muy natural alarma, presentáronse varios jefes populares á dirigirlos, con que se formó bien pronto un peloton de gente resuelta y valerosa. Tomáronse las avenidas de la plaza con centinelas, y quedó así constituido el centro de la revolucion.

La inmediata plaza de la Villa era tambien á la sazón foco de gente armada. Habianse reunido en el Ayuntamiento algunos patriotas, y formando una junta apresuradamente, determinaron de enviar á Palacio un mensaje en súplica de que el nuevo ministerio fuera liberal. Como esta diputacion fué recibida en Palacio, no está averiguado todavia, pues algunos de sus miembros aseguran que lo fué malamente, y otros todo lo contrario. Esto último lo acreditan los sucesos, pues aquella junta se disolvió á las pocas horas sin haber logrado nada. Los grupos armados de la plaza de la Villa se replegaron en buen orden á la Mayor y boca-calles próximas, al sonar los primeros tiros.

La actitud de la Puerta del Sol iba siendo mas imponente de hora en hora. Como queda dicho ya, una multitud inmensa la invadió despues de anochecido, vociferando vivas y mueras que tal vez repetia la guardia. Faltos de órdenes sus jefes, determinaron de encerrarse en el edificio por precaucion; mas no pudo hacerse tal cosa sin que tambien se lanzara adentro un buen golpe de paisanos, que por mucho tiempo fueron dueños de la posicion. Como llegaron á perderla sin combate, es cosa que solo se explica por el entusiasmo de que todos se hallaban poseidos, creyendo que la tropa abundaba en sus liberales ideas. Ello fué, que la Casa de Correos quedó al fin limpia de paisanos, y que su puerta volvió á cerrarse, lo que pudo ocasionar un gravísimo conflicto, pues la multitud casi desengañada, obstinóse en incendiar el edificio. Con asombrosa rapidez construyóse á la puerta misma una inmensa hoguera que alimentaba el copioso maderaje de los derribos del Buen Suceso y la calle de Preciados, y á cada intimacion que á la guardia se hacia, íbase acercando mas y mas la hoguera á la puerta, como si fuese la última ratio de la lógica popular.

A pesar de la confianza que ponía en la tropa todo el mundo, notábase sin embargo un siniestro recelo en los semblantes; corrian de boca en boca palabras de triste augurio y llegóse á decir que hacia la tropa aquellos alardes de fraternidad y union para vencer á mansalva. Otros decian que Córdoba y los moderados proyectaban un pronunciamiento militar que los dejase á ellos en el mando.

A cosa de las once de la noche invadió repentinamente la Puerta del Sol un regimiento de infantería, que la fue despejando toda sin acciones ni ademanes hostiles. Replegóse el pueblo á las calles inmediatas, y esta fué la señal de que cada una de sus bocas las ocupase una compañía, formando un inmenso cuadrilongo. Esto no obstante el tránsito quedó libre, y platicaban en son amistoso paisanos y soldados, si bien los oficiales demostraban en su ceño y en algo mas no hallarse tan bien avenidos con las ideas que poblaban la atmósfera.

Dijose de público á aquella hora en todas partes que su consigna era no hacer fuego á los paisanos como no victoreasen á la república. El desengaño no se hizo esperar mucho tiempo.

**III.**

Tambien á aquella hora se repartió, con poca profusion por cierto, una *Gaceta extraordinaria*, nueva tea de discordia, nuevo combustible para el incendio. S. M. aceptaba la dimision del ministerio polaco con frases muy satisfactorias para todos. Lo que en otras ocasiones no pasa de vulgar y ridiculo, entonces pareció ofensivo, insultante como lo era con efecto. Hé aquí la

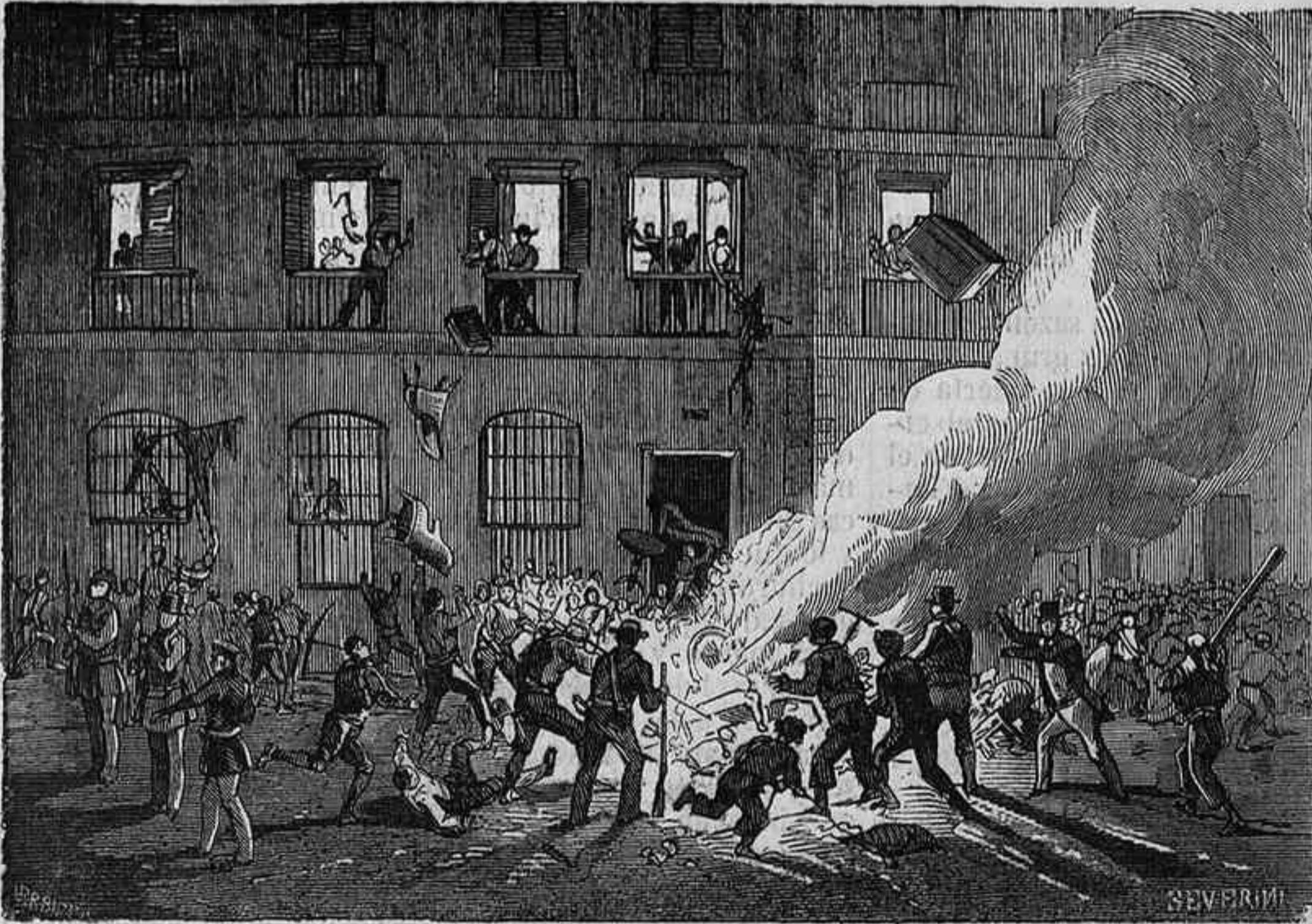
**Gaceta extraordinaria de Madrid**

*del lunes 17 de Julio de 1834.*

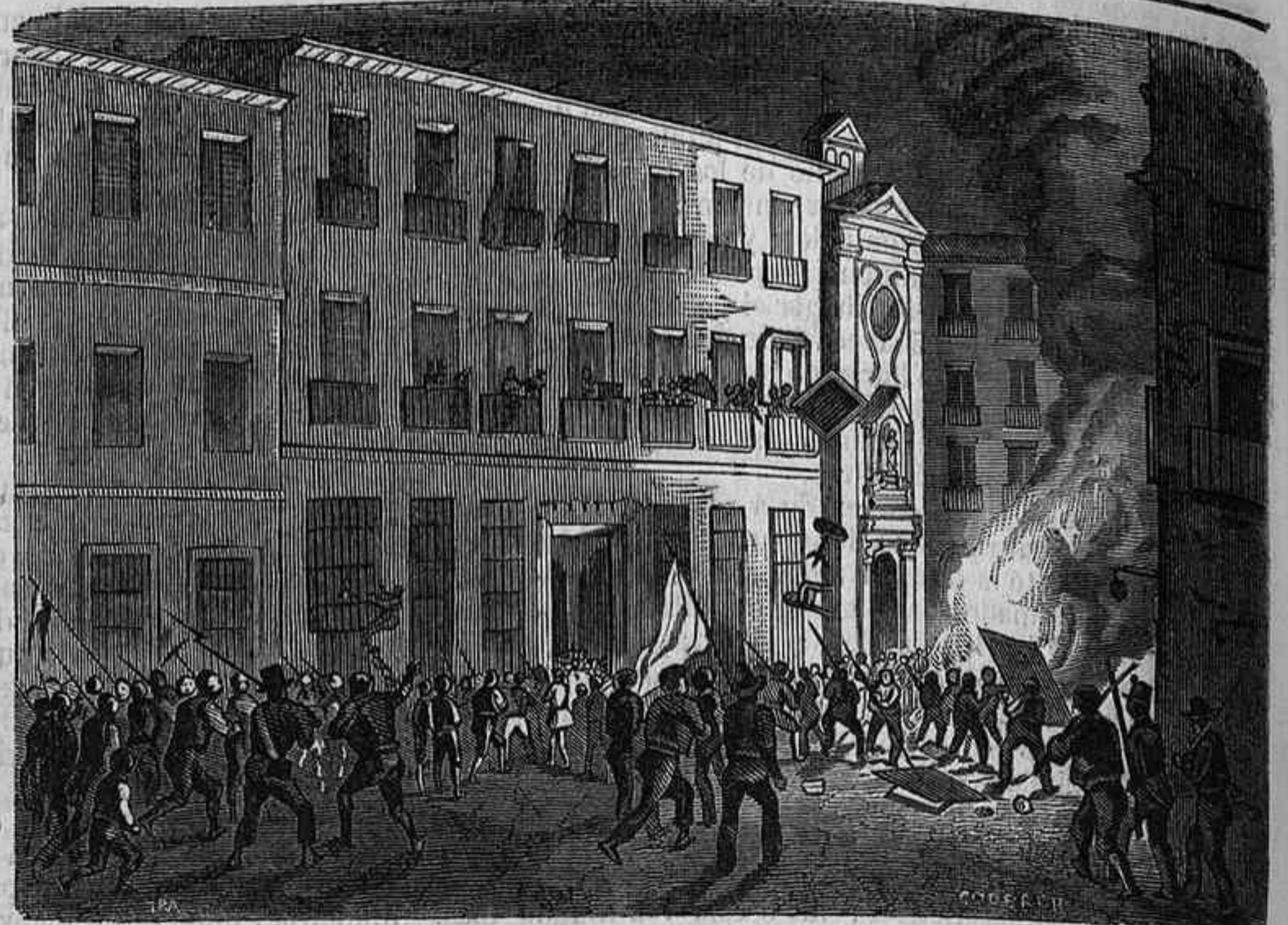
**MINISTERIO DE ESTADO.**

**REALES DECRETOS.**

Atendiendo á las razones que me ha espuesto D. Luis José Sartorius, conde de San Luis, vengo en admitirle la dimision que de los cargos de presidente del Consejo de ministros y mi-



Quema de los muebles de la casa de Sartorius.



Quema de los muebles de la casa de Salamanca.

nistro de la Gobernacion me ha hecho, quedando altamente satisfecha de la lealtad, celo e inteligencia con que los ha desempeñado, y de los eminentes y especiales servicios que ha prestado á mi trono y á la nacion.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Estado, Angel Calderon de la Barca.

Atendiendo á los méritos y servicios del teniente general D. Fernando Fernandez de Córdova, senador del reino y director general de infanteria, vengo en nombrarle presidente del consejo de ministros y ministro de la Guerra.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Estado, Angel Calderon de la Barca.

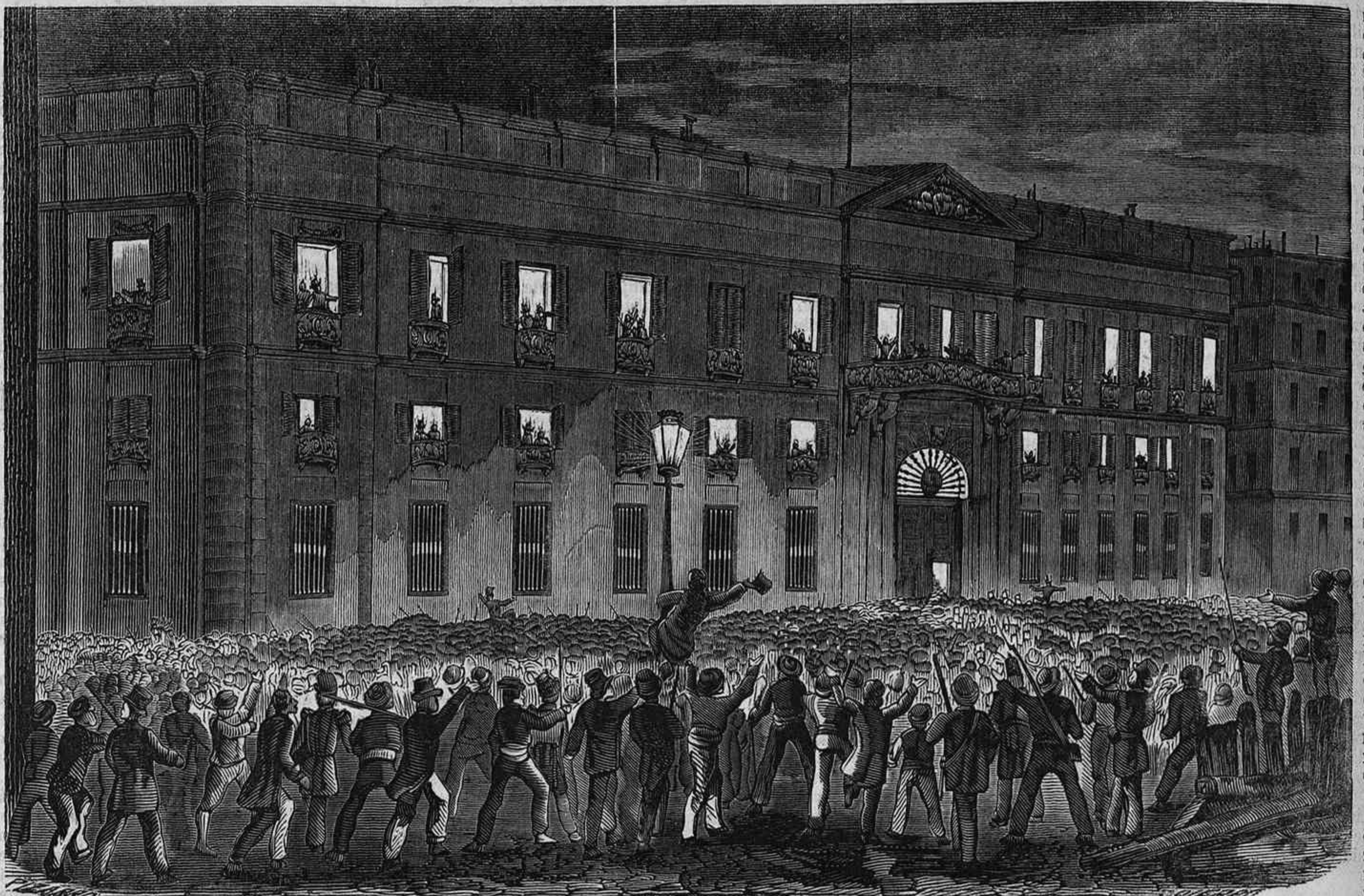
**PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.**

**REALES DECRETOS.**

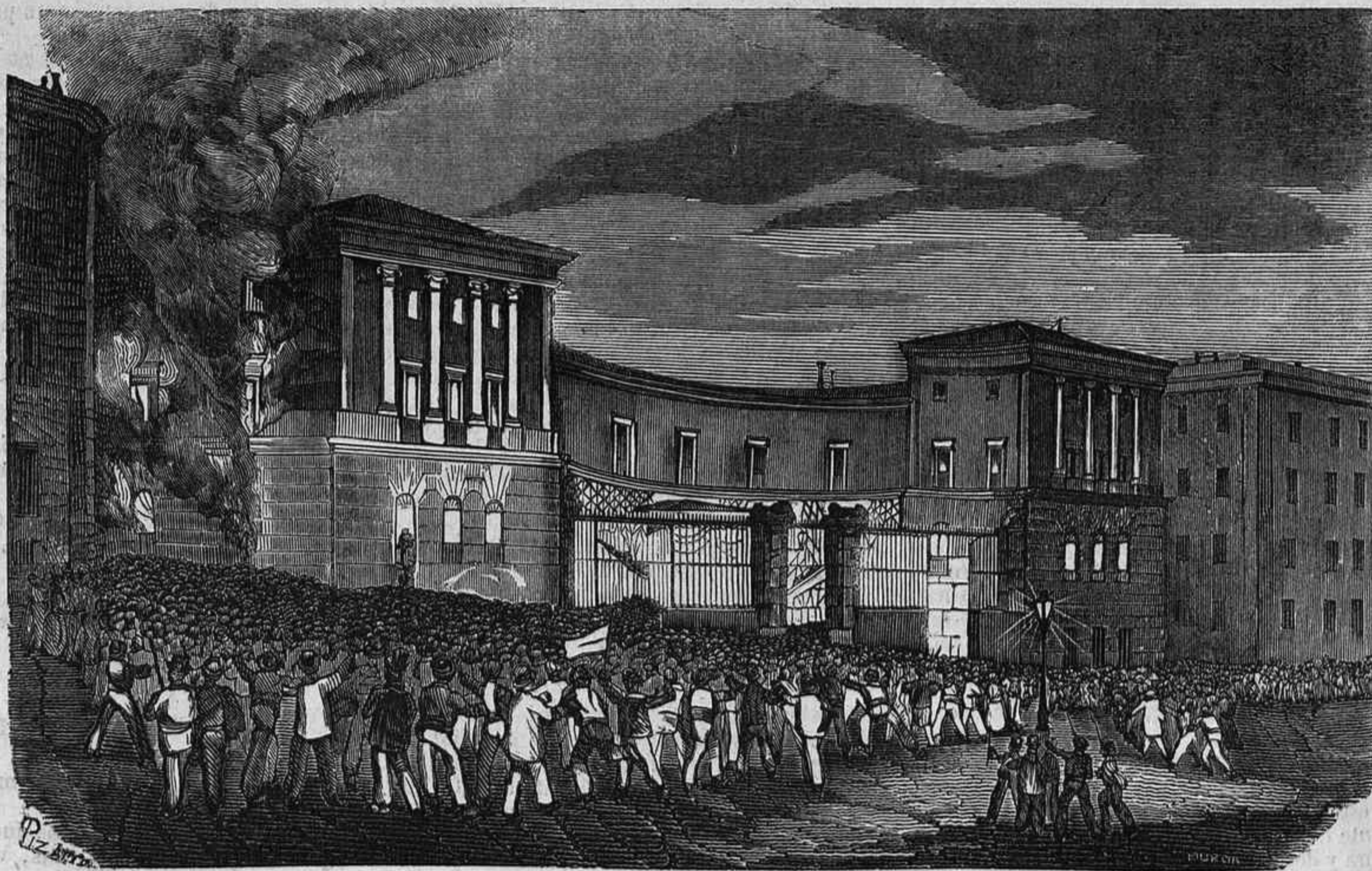
Atendiendo á las razones que me ha espuesto D. Angel Calderon de la Barca, vengo en admitirle la dimision que me ha hecho del cargo de ministro de Estado, quedando muy satisfecha del celo, inteligencia y lealtad con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.

Vengo en admitir la di-



Desarme de la fuerza del Principal, por el pueblo, en la noche del 17 de julio.



El palacio de Cristina en la noche del 17 de julio.

mision que en nombre del teniente general D. Anselmo Blas me ha hecho del cargo de ministro de la Guerra el presidente del consejo de ministros, quedando muy satisfecha del celo, lealtad e inteligencia con que los ha desempeñado.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—El Presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.

Atendiendo á las razones que me ha espuesto Don Jacinto Felix

Domenech, vengo en admitirle la dimision que me ha hecho de los cargos de ministro de Hacienda e interino de Gracia y Justicia, quedando muy satisfecha del celo, lealtad e inteligencia con que los ha desempeñado.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.

Atendiendo á las razones que me ha espuesto D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, vengo en admitir la dimision que me ha hecho del cargo de ministro de Marina, quedando muy satisfecha del celo, lealtad e inteligencia con que los ha desempeñado.

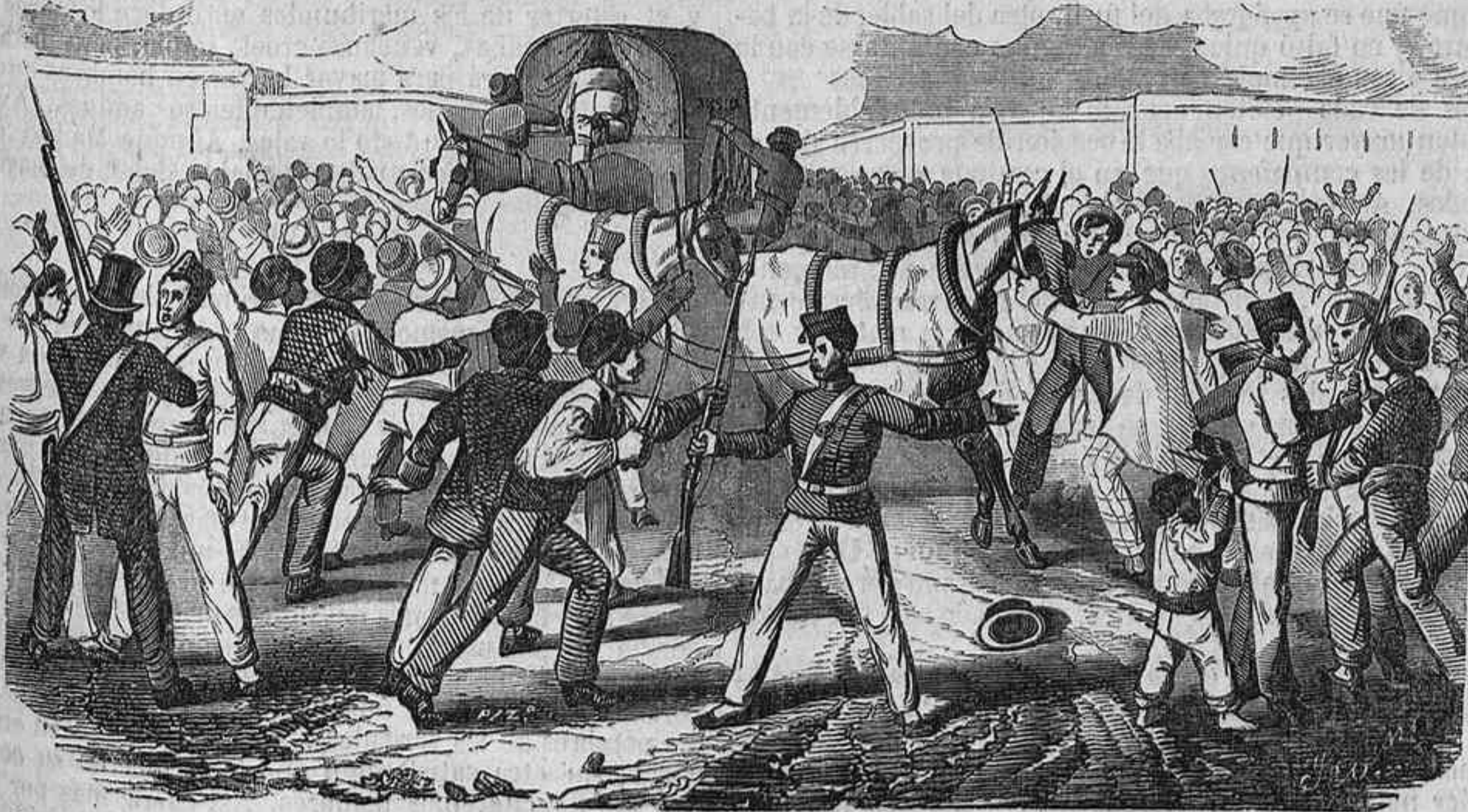
Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.



Combate de las fuerzas populares, contra la artillería de montaña, en las Platerias.



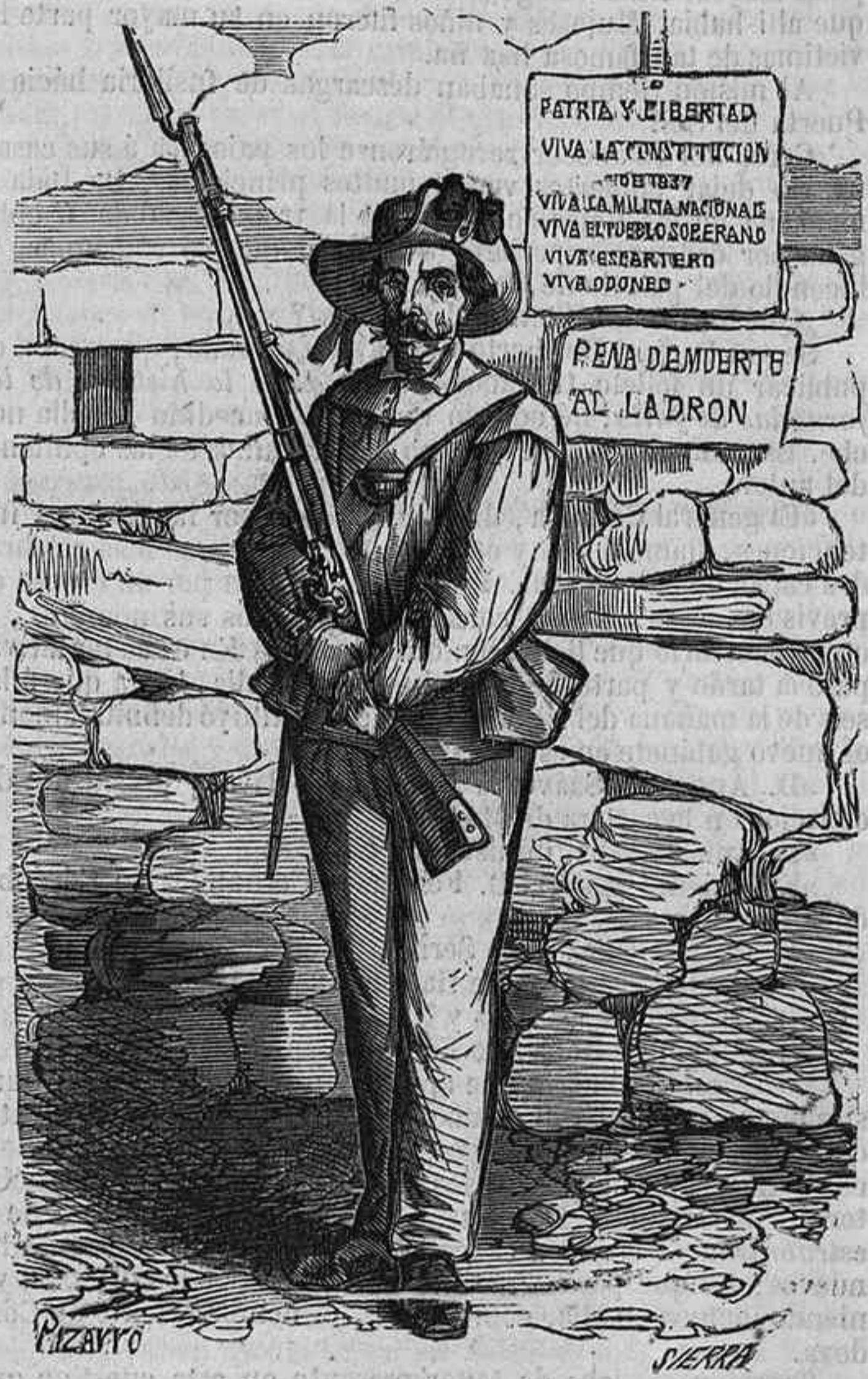
Rendición de la Guardia civil en la Plaza de la Constitución, y presentación de Garrigó.



Un grupo del pueblo, con cuatro ó seis armas de fuego y los demás con piedras, toman á viva fuerza un carro de municiones y su guardia, fuera de la puerta de Fuencarral.

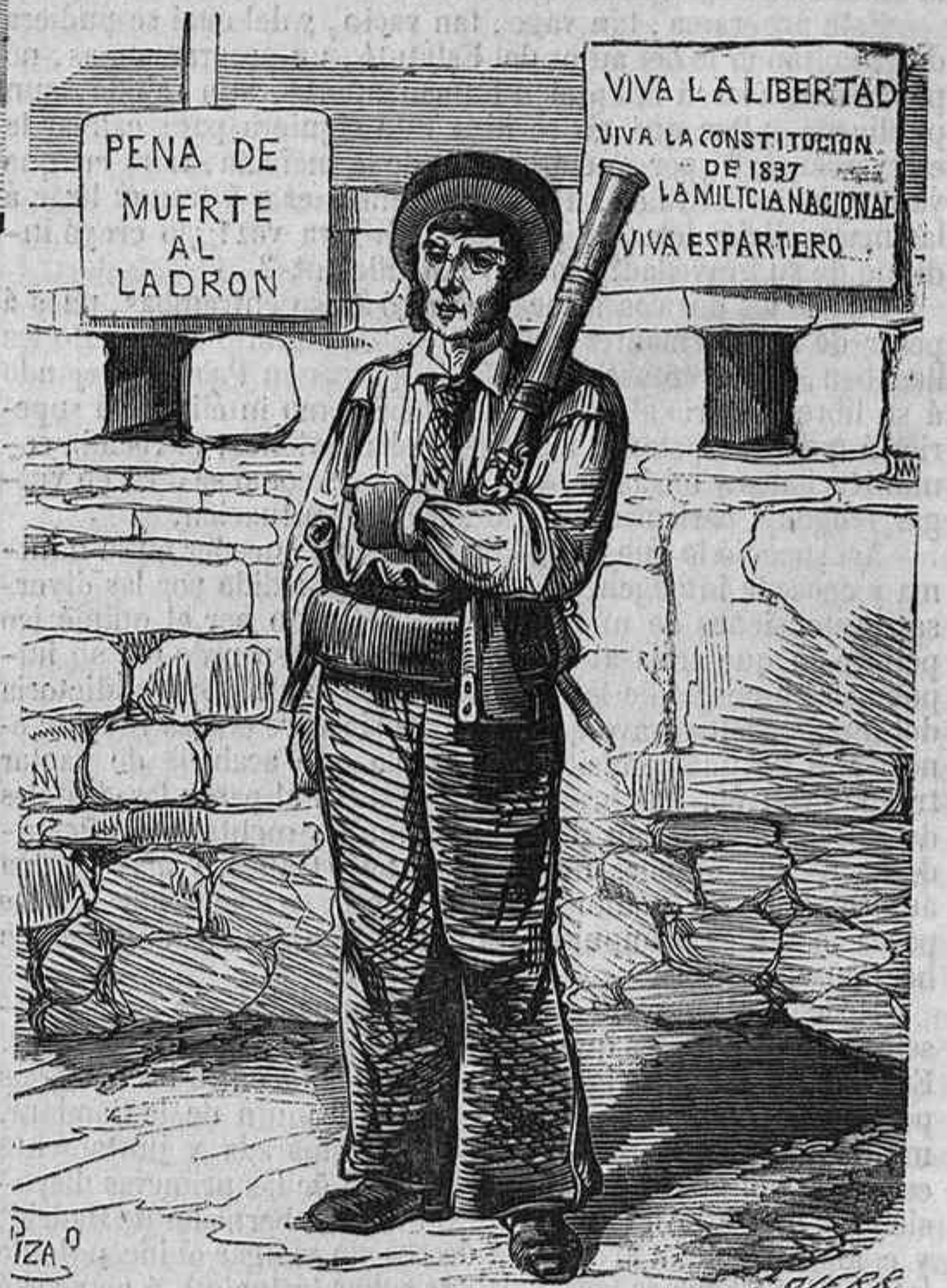
Atendiendo á las razones que me ha espuesto D. Agustín Estéban Collantes, vengo en admitirle la dimision que me ha hecho del cargo de ministro de Fomento, quedando muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. —Está rubricado de la real mano.— El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.



Traje de barricada.

Debemos llamar la atención de nuestros lectores hácia un incidente curiosísimo, ocurrido con estos decretos, incidente que no se ha explicado con claridad todavía. La *Gaceta extraordinaria* donde aparecieron primeramente, salió de la imprenta nacional de tres á cuatro de la mañana del 18. La *Gaceta ordinaria* salió á las doce, y ya en el texto de esos decretos memorables se veian suprimidas las frases que nosotros ponemos de bastardilla. Como observarán nuestros lectores no atañen á la forma solamente, sino



Centinela de una de las barricadas de la calle de Toledo.

que alteran lo mas esencial del fondo. Aquí pues debió haber un abuso punible. ¿A quien deberemos acusar de él? No lo sabemos aun. Ambos impresos salieron de la imprenta nacional, ambos son oficiales, y es cosa gravísima que por los mismos agentes del poder se altere la voluntad de la reina hasta el punto de hacerla manifestar opiniones tan opuestas en el solo espacio de ocho horas; y mucho mas cuando esas opiniones son tales que no tenemos palabras para calificarlas.

## IV.

Llegamos á un punto de nuestra narracion, donde la intenciona mas clara se confundiria. Trabada la lucha simultaneamente en varias partes, tenemos que trazarnos un órden que sin ser quizas lógico, ni tampoco exacto, sea á lo menos comprensible.

El combate del palacio de Cristina, descrito ya, fué al parecer el primero. Serian las dos de la madrugada. A las dos y media desembocó repentinamente un peloton de tropa en la plaza Mayor, é hizo fuego de una manera traidora á los grupos que allí habia. Mujeres y niños fueron en su mayor parte las víctimas de tan famosa bazuca.

Al mismo tiempo sonaban descargas de fusileria hacia la Puerta del Sol.

Cerca del amanecer recogieron los paisanos á sus casas, no sin dejar cubiertos varios puntos principales. De toda la manzana de las Rejas se posesionó la tropa decidida ó obligada por órdenes superiores á no dejar que se consumiese el incendio del palacio de Cristina.

¿Qué hacia entre tanto el gobierno?

Segun D. José Heriberto Garcia de Quevedo, que acaba de publicar un folleto titulado *Apuntes para la historia de las jornadas de julio*, hé aqui lo que habia sucedido aquella noche. Escusamos advertir que no participamos de las opiniones del autor.

«El general Córdova, dice, impulsado por las mejores intenciones, llamó á una y otra puerta de nuestras mas celebradas capacidades políticas. Muchas se negaron por un exceso de prevision, ó acaso por considerar gastados sus nombres, y creer necesario que figurasen otros nuevos. En estas tentativas pasó la tarde y parte de la noche de aquel dia, hasta que á las seis de la mañana del siguiente 18 se constituyó definitivamente el nuevo gabinete en esta forma:

»D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, presidente del consejo en la cartera de Marina;

»D. Luis Mayans, ministro de Estado;

»El teniente general D. Fernando Fernandez de Córdoba, de la Guerra;

»D. Pedro Gomez de la Serna, de Gracia y Justicia;

»D. Manuel Cantero, de Hacienda;

»D. Antonio de los Rios y Rosas, de la Gobernacion;

»D. Miguel de Roda, de Fomento.

La *Gaceta* ordinaria que apareció á las doce de la mañana siguiente, publicaba al mismo tiempo que los nombramientos del nuevo ministerio los decretos relativos á los caídos; pero como hemos dicho ya, sin los encomios y las que el pueblo tomara por insulto. No se sabe todavía si la impresion de la *estrordinaria* corrió á cargo de los ministros caídos ó de los nuevos, aunque parece natural que fuera por los últimos, viniendo incluso en ella, como venia, el nombramiento de Córdova.

Tambien se debe de tener presente en esta cuestion que todos los palaces de alguna importancia se habian retirado á Palacio desde las primeras horas de la noche, y que el malhadado papel *estrordinario* se publicó á la madrugada.

«El programa del ministerio, ó por lo menos las condiciones con que sus miembros se habian comprometido á formar-lo, eran:—Llamacion inmediata de Cortes.—Libertad de imprenta.—Llamamiento y reposicion de todos los injustamente perseguidos.—Alejamiento absoluto de toda influencia ilegal.—Descentralizacion.—Disminucion de gastos.—Pureza y legalidad, exigidas y planteadas sin miramiento alguno.—Grandes reformas para simplificar la administracion.—Y elecciones completamente libres, á fin de que el Parlamento fuera la verdadera representacion nacional.»

Este programa, tan vago, tan vacío, y del cual se pudiera decir imitando lo del autor del Estatuto, un programa mas, no podia satisfacer á la opinion humanamente, aun sabido, aun publicado. ¿Por qué no se hizo esto siquiera para calmar la efervescencia? ¿por qué á las seis de la mañana, hora en que ya estaba constituido, no salió el ministerio á tranquilizar á las masas diciéndoles su programa de viva voz? ¿lo creyó indigno de su gravedad? ¿lo creyó insuficiente?

Una de las dos cosas sucedieron, ó acaso entrambas, pues á pesar de las alarmantes noticias que de minuto en minuto les llegaban, encerráronse todos los ministros en Palacio, dejando á su libre albedrío al general Córdova como inteligencia superior á quien respetaron todos. El daba órdenes, él recibia comunicaciones y misiones, y él, en fin, era como se dice en vulgar lenguaje parlamentario, dueño de la situacion.

Así sucedió lo que no podia menos de suceder en la mínima y apocada inteligencia de Córdova. Aturdido por las diversas pretensiones de unos y otros, aterrado por el quimérico peligro en que creia al trono, y quizás desesperado por su impotencia, procedió de la manera mas anómala y contradictoria del mundo, falta grave que se purga siempre en las revoluciones. Mas de una comision del pueblo que acababa de pactar treguas con él, fué bruscamente tratada al pasar los dinteles de palacio; mas de un puesto que humanamente podia defender se recibió órdenes de resistir á todo trance, y mas de una autoridad, en fin, nombrada ahora por él, se veia depuesta á los pocos instantes á impulsos de una intriguilla de tantas como hervian en Palacio.

Rodeábanle muy de cerca, mas como seides que como consejeros, dos hombres que nunca olvidará el pueblo de Madrid. Era uno de ellos el brigadier Pons, conocido entre los facciosos por el *Ben del Ollí*, y el otro era D. Joaquin de la Gándara, militar aventurero muy su amigo y camarada y juntamente comensal del banquero Salamanca. Una de las primeras disposiciones de Córdova fué nombrar al Pons gobernador de Madrid, y como el Gándara ardiera en deseos de vengar el incendio de la casa de Salamanca (son palabras suyas testuales), ó no acertó á resistirle el ministro de la Guerra, ó le agradó el proyecto, ó no supo pensar cosa mejor, que es lo verosímil. Ello fué que mientras Córdova recibia á los mensajeros del pueblo, y ora los halagaba, ora los escarnecía, sin plan ni pensamiento alguno, sino dominado por sus arranques indignos de calificacion, salióse Gándara de palacio con buen golpe de gente y avanzó por el centro de Madrid haciendo un fuego mortífero.

Esto fué á las seis y cuarto de la mañana segun la *verdadera Historia de los ocurrencias de Madrid*, que ha publicado en todos los periódicos D. Casimiro Rufino Ruiz. Ahora bien: si á las seis quedó constituido el gabinete, resulta claro, inau-

dable, que la primera disposicion de Córdova, ó lo primero que en su nombre se hizo, fué trabar el fuego.

Pocos momentos despues fué nombrado capitán general de Madrid el conde de Yumuri, no sin que lo resistiera mucho, tanto que la misma Reina se lo tuvo que suplicar. Tambien fué nombrado gobernador civil de Madrid en reemplazo de Quinto, el jóven y simpático marqués de Perales, digno de mejores tiempos y mejor empleo.

Testigos presenciales y verídicos cuentan que el conde de Yumuri trató de calmar ante todo la efervescencia del pueblo, lanzándose de uniforme entre los grupos inmensos que invadian la calle Mayor. Todos le acogian bondadosamente; pero al tratar del nuevo ministerio no daban ni un punto oido á sus proposiciones. Con efecto la situacion era asaz revolucionaria para que se plegase á un gobierno sin color pronunciado. Al llegar el conde á la plaza de la Villa penetró en el ayuntamiento, que presidido ya por Perales, se hallaba en sesion permanente, y despues de una conferencia bastante larga, donde se acordaron las bases imposibles de una solucion pacífica, continuó con él Yumuri su camino al ministerio de la Guerra, y al paso sus exhortaciones, que solo hacian en los grupos un efecto momentáneo.

Mientras tanto Gándara habia llegado tambien al ministerio de la Guerra, no sin sembrar de horrores su camino, y fuese por encargo de Córdova ó propia inspiracion suya, preparó una columna que al mando del general Mata y Alós, director de administracion militar, fuese á reforzar la guarnicion de Palacio. Sorprendido en estos preparativos por el capitán general, y reparando sus intenciones pacíficas, escribió inmediatamente una carta al ministro de la Guerra, y carta que se la encomendó á uno de los paisanos que acompañaban á Yumuri. Ignorante este del contenido de la carta, atravesó todo Madrid burlando mil peligros, y al presentarse en el consejo de ministros, júzguese de su a-sombro al oír á Córdova despues de la lectura de la carta exclamar á gritos que Yumuri era un traidor, vendido al pueblo, y que debía ser preso inmediatamente. No se lo hizo repetir el paisano, que con toda la posible ligereza salió de la cámara, montó á caballo y regresó á todo escape al ministerio de la Guerra. Aquí sucedió un lance muy semejante. Gándara, que le esperaba ansioso, leyó en sus miradas su cólera, el descubrimiento de su intriga, y aconsejado por Mata y Alós, segun parece, sacó de Buena-Vista la division preparada para Palacio.

Tiempo era ya, porque enterado Yumuri de sus buenas intenciones, empezaba á dar oidos á los consejos del mensajero, que se reducian simplemente á fusilar á Gándara en el acto. Así se hubiera evitado el uizás la sangre que corrió aquel dia. Pero fúgado Gándara con todas las tropas, el conde de Yumuri tuvo que contentarse con hacer dimision de la capitania general.

Tambien fué nombrado gobernador militar de Madrid aquella misma mañana el general Macroom; pero no sabemos que tomase disposicion alguna.

## V.

Desde la salida de Gándara del Palacio Real seguia el fuego sin interrupcion en varios puntos.

En el gobierno civil (calle Mayor) lo sostenian los municipales y la policia secreta.

En la Plaza Mayor la guardia civil de infanteria.

En el Principal los granaderos de la Reina.

En el Ministerio de Hacienda (calle de Alcalá, Aduana antigua) la guardia civil.

En el Teatro Real la policia y algunos soldados, al parecer de ingenieros.

En el cuartel de San Gil, la artilleria.

En San Martin (antiguo gobierno político) la guardia civil, que estaba allí acuartelada.

El batallon de Baza cubria varios puestos, y en particular las avenidas del palacio de Cristina y del teatro Real por la plazuela de Santo Domingo.

El pueblo por su parte no descuidaba tampoco su defensa. Comprendiendo con admirable instinto que presentándose en grandes masas perdia muchas probabilidades de triunfo, repartióse en pelotones mínimos, que contaban diez personas á lo mas, y ora posesionado de las boca-calles, ora de las casas, ora en fin á pecho descubierto, hacia un fuego graneado irresistible.

La falta de armas era toda su desesperacion. No puede comprender humadamente la heroicidad de un pueblo el que no haya visto al Madrid llorar de rabia por verse desarmado, y arrojarse como un leon sobre las tropas antes que por vencerlas por desarmarlas. Al caer un soldado herido ó muerto, podian contar sus camaradas con tiro seguro, porque al momento corrian los paisanos á desarmarle aunque estuviese entre las mismas filas. Cada uno satisfacía la febril ansiedad de tres ó cuatro paisanos, porque uno se apoderaba del fusil, otro del sable, de la bayoneta otro, y no faltó quien viese á alguno contentarse con la cartuchera ó con el simple corraje.

Detrás de cada peloton armado se veia indudablemente otro peloton mayor que espialba la ocasion de proveerse de armas, ya de los compañeros que en el combate cayesen, ya de los soldados. Así crecia en estos el terror al paso que la cólera en aquellos, porque los soldados sufrían un continuo fuego de todas partes; donde dispersaban un grupo aparecia al momento otro; y los paisanos, á medida que el pelotón arreciaba, comprendian mejor la necesidad de verse armados, y mataban con mas ahínco. ¿Qué mas podremos decir? hubo sitios donde las escopetas y los fusiles pasaban de mano en mano para que todos disparasen alguna vez, y se trabaron sendas y porfiadas riñas entre los que involucrando el órden disparaban dos veces seguidas.

Otra cosa hacia mas horrible este combate. Casi toda la guarnicion de Madrid eran quintos que hacian fuego Dios sabe cómo; de lo que resultaba que mientras el paisano aprovechaba sus tiros, como vulgarmente se dice, el soldado solo por casualidad lo conseguia.

La guerra en las calles es un crimen de la humanidad entera. La guerra entre hermanos es una mancha de la civilizacion. ¡Y esta guerra, esta guerra, cuya ocasion nadie sabia definir! ¡Esta guerra en nombre de un poder caído y aborrecido, ó de otro poder nuevo, y ligado al pueblo con muchos vínculos! ¡Oh! Los hombres graves, los hombres sensatos, los que tienen en su corazon un altar para la patria, hallábanse domina-

dos de una angustia indefinible como la que tendrán los buenos el dia del eternal juicio viendo á sus hermanos hundirse en el abismo de la condenacion y de la culpa.

Todos fueron mártires, todos los que allí cayeron; todos se llaman vencedores, todos los que allí vencieron; y hoy seca ya la sangre de las calles de Madrid, ¿quien llenará ese vacío que en nuestras familias queda? Solo el llanto de la patria. ¡Triste consuelo! No hay institucion humana que valga tanto! ¡Hacer llorar á la patria!

El aspecto que presentaba Madrid era horroroso. Templadas ya un tanto aquellas pasiones, nos es imposible pintarlas, y transcribimos á continuacion un artículo que publicaron las *Novedades* en suplemento *estrordinario*, y que escrito á la luz de los fognazos revela cuando menos el estado de los ánimos y de las cosas.

«Una ansiedad indescriptible, una congoja mortal ha reinado en Madrid durante todo el dia de ayer.

El horizonte aparece preñado de negras y horrosas nubes. Nadie sabe si hay gobierno; nadie sabe lo que piensa ni lo que hace; pero sabe todo el mundo que está corriendo á la sangre heróica del pueblo; que la guarnicion, pronunciada en un principio, vuelve la *casaca* (como vulgarmente se dice), cuando mejor le place, y fusila despiadadamente á sus compatriotas, ¡á sus hermanos!!! Esta situacion es la mas horrorosa, la mas impía que pueda hallarse en la historia de las revoluciones.

Los partidarios del nuevo gabinete aseguran que está ya constituido, que acepta el programa del general O'Donnell en todas sus partes, que se propone, en fin, cicatrizar las llagas abiertas en nuestro corazon por el infame Sartorius y comparsa. Esto sin duda bastaria á tranquilizar al pueblo, si se viera palpablemente comprobado; pero por desgracia no lo está, ni acaso llegue á estarlo en todo el dia de hoy. ¿Cómo si no se explica lo que está pasando en las calles de Madrid?

En el programa del general O'Donnell está todo lo que el pueblo aclama, todo lo que el pueblo pide. ¿Por qué sin embargo se hace fuego al pueblo? Porque el ministerio no acepta el programa de O'Donnell?

En él está la estradiccion de Cristina, universal exigencia de todo el mundo. ¿Por qué sin embargo se hace fuego al que ataca el palacio de Cristina? Porque el ministerio no acepta el programa de O'Donnell?

En él, por último, está la creacion de Juntas de armamento y defensa, que atiendan á las necesidades políticas y militares del momento. ¿Por qué, sin embargo, no se organiza la *Milicia Nacional*? ¿Por qué se desconoció anoche á la Junta formada en la casa de la Villa? Porque el ministerio no acepta el programa de O'Donnell?

A estas razones, que son irrecusables, que estan en la mente de todo el mundo, que tienen al pueblo desesperado, se unen otras no menos graves, no menos poderosas. El ministerio no puede pasar por otro punto: tiene que aceptar el programa de O'Donnell, porque él ha derrocado al infame Sartorius, y á él le debe el poder el ministerio Córdova-Rios Rosas; pero... ¿quién patrocina, quién ordena esas continuas variaciones de opinion de las tropas? El ministerio; no puede ser humanamente otra autoridad.

¿Quién podia hacer cesar en este mismo instante las horribles luchas que ensangrientan las calles de Madrid? El ministerio, la única autoridad competente, la única que al parecer hay.

¿Por qué no lo hace?

Esa es la gran cuestion; ese es el gran peso que deben de hoy para siempre tener sobre su conciencia los hombres elegidos por el general Córdova.

Si la reina hace concesiones, ¿por qué no se publican? Si el ministerio acepta el programa de O'Donnell, ¿por qué no lo dice? Si hay gobernador civil, ¿por qué no da un bando conciliador? Si hay capitán general, ¿por qué no manda cesar el fuego? Si el gobierno en fin acepta el programa de O'Donnell ¿por qué no procede inmediatamente al armamento de la *Milicia Nacional*, única, verdadera, legítima y poderosa garantía de un pueblo libre? Ella es el medio mas eficaz, acaso el único, de que se restablezca el órden, de que cese el horrible espectáculo que estamos presenciando hace 24 horas.

Apelamos aun á aquellos que forman parte del actual gabinete y que se han mostrado siempre defensores de la fuerza ciudadana. Sin ella es imposible cumplir el programa de O'Donnell, ni mucho menos consolidar la libertad. ¡Y dice el ministerio que quiere cumplirlo! ¡y dice que quiere consolidarla! ¡Ay! qué desengaño tan horroroso, que triste conviccion nos inspiran estas deducciones de inflexible lógica!

Porque mientras tanto nuestros hermanos, nuestros amigos caen en las calles de Madrid; porque mientras tanto este heróico pueblo ve de instante en instante menguadas sus filas, y sus calles son arroyos de sangre y el lamento de los heridos y el estertor de los moribundos enardece los aires como un grito de venganza, venganza cruel, impia, pero justa, merecida, y que recaerá para mayor horror en hombres que tambien son nuestros hermanos, tambien nuestros amigos. ¡Ay libertad, cuánto cuestas! pero todo lo vales. Aunque Madrid quede reducido á un monton de ruinas, pueblo del 2 de mayo ¡viva la libertad!

## VI.

Tratándose de héroes como los madrileños que empuñaron las armas en tan memorables dias, anhelamos porque á nuestra relacion no falte un solo rasgo, ni un solo alarde de valor; anhelamos porque estos renglones puedan pasar íntegros á la historia, como un precioso y auténtico documento; pero acaso no lo podremos conseguir, porque el verdadero heroísmo, la verdadera bizarría es modesta, y despues de alcanzado el triunfo desdena el lauro. Las hiperbólicas narraciones que han aparecido en los periódicos, desmentidas unas, contestadas otras, y exageradas las mas, no son dignas en su mayor parte de tenerse en cuenta. Emanaciones del interés privado, su mezquina tendencia las deslustra, y el que ha sido como nosotros testigo del combate, no puede menos de lamentar en el fondo de su corazon el significado único que tienen. Es casi seguro que los nombres de los verdaderos bravos permanecen en la oscuridad, sin otra satisfaccion que la íntima de su conciencia. Por eso no citaremos nombres. Así caerá mas por completo la gloria de estas jornadas sobre el pueblo de Madrid, que es el que la merece en absoluto.

La salida de Gándara de Palacio fué como hemos dicho la voz tremenda de fuego. Un cuerpo considerable de tropas avanzó por la calle Mayor, mientras el regimiento de cazadores de Baza, capitaneado por Gándara, subía por la plazuela de Santo Domingo. El pueblo los aguardaba prevenido. En ambas partes fué heroica la resistencia; pero el número de los paisanos era tan inferior al de la tropa, que la Plaza Mayor tuvo que rendirse. No sucedió lo mismo en las inmediaciones del palacio de las Rejas y subidas de Santo Domingo. Mas ventajosas estas posiciones topográficas, favorecían al pueblo grandemente. La encrucijada que forman á la parte norte de la Plazuela las calles de Tudescos, Silva, Ancha de San Bernardo, María Cris- tina y Leganitos eran otros tantos fuertes que hicieron retro- ceder una y mil veces á los soldados. El mismo papel impor- tante desempeñó la otra encrucijada que forman al sur las calles de Jacometrezo, Preciados, Veneras y Bajada de los Angeles. Ambas posiciones eran sostenidas fuertemente por el fuego que se hacia desde las casas que forman el frente de la plazuela. Puede compararse con mucha exactitud esta posición á un castillo flanqueado por dos torrecillas ó bastiones muy fuertes.

Mas no se crea considerable ni mucho menos el número de sus defensores. Acaso no llegaría á cincuenta; pero tan bien parapetados en las puertas de las casas y en las travesías infinitas de las calles, que costó inmenso trabajo desalojarlos de allí. En las calles de Jacometrezo, Preciados y Veneras, los paisanos armados serian unos veinte, y en cuanto á su decision y bravura basta decir que cuando avanzó la tropa hasta esta encrucijada, un solo combatiente se estuvo burlando por mucho tiempo de las dos ó tres compañías que inundaron las calles de la derecha. El paisano se hallaba en la esquina de la calle de la Sarten, y cada uno de sus disparos llevaba la muerte y el terror á los que bajaban por la calle de las Veneras ó avanzaban á la de Preciados.

Exactamente lo mismo sucedía en el otro reducto, permítasenos esta frase. La obra de la calle de Tudescos y el callejon del Perro desempeñaban aquí el papel de la calle de la Sarten. Desde la primera caía sobre el enemigo una lluvia de ladrillos, maderos y piedras que sembraba en sus filas el estrago, y el callejon del Perro, que como todo el mundo sabe, atraviesa las dos importantes calles de Tudescos y Silva, permitía que sus defensores corriesen como por un camino cubierto á defender el punto mas en peligro. Esto dió treguas á que la calle de Jacometrezo se pusiese en un estado de defensa verdaderamente formidable. Desempedróse toda para subir las piedras á los balcones; ocupáronse estos por paisanos inermes; construyéronse algunos parapetos de muebles y colchones, y con carros y puertas se barriclearon interinamente los recodos y ciertas boca-calles.

En este sitio fué donde sucedió una desgracia lamentable á cosa de las nueve y media de la mañana. Cuatro soldados y un cabo, que segun despues se ha dicho pertenecian al regimiento del Rey y estaban ya pronunciados, subieron á escape la calle del Curmen en direccion al postigo de San Martin. Se ignora el objeto que llevaban. E'lo fué que los defensores del Postigo y de su desemboadura á la calle de Jacometrezo les dieron el que vive, lo que aturdió al cabo de tal manera que no acertando á responder sino palabras ininteligibles, volvió grupas con su gente por la calle del Curmen abajo. Lanzáronse tras ellos los defensores del Postigo, y á los disparos que les hicieron desde la esquina de la fonda de los Leones, cayó un ginete muerto junto al café del Aseo y otro herido junto á la tienda de la Bella España.

La artillería del cuartel de San Gil hizo tambien una salida para avanzar al centro de la poblacion por la calle de los Reyes; pero desde la plazuela de Alfigidos, la de los Mostenses, la de Capuchinas, y las tapias y balcones de la antigua Universidad la hicieron un fuego tan vivo algunos aunque pocos paisanos, que tuvo que renunciar á su propósito.

Entre tanto la Guardia civil se habia posesionado de la Plaza Mayor, no sin encontrar resistencia; pero como ya hemos dicho, la posición de aquellos paisanos era menos ventajosa que la de los de la plaza de Santo Domingo. Los puestos del Gobierno civil, de Correos, del teatro de Oriente y de San Martin ayudaban de una manera muy eficaz á los soldados de la plaza y calle Mayor, limpiando sus avenidas de paisanos.

A esta hora cesó el fuego y se supo que al coronel Garrigó, uno de los jefes de caballería que quedaron en Vicálvaro prisioneros, se le habia conferido el mando de toda la de Madrid ascendiéndole á brigadier. La caballería existente en Madrid era bien poca.

Es lamentable el descuido con que proceden tanto el gobierno como las autoridades municipales en esto de dar al público una relacion de los muertos y heridos de una parte y otra, relacion muy necesaria para la historia y para tranquilizar á las familias de España ó del extranjero que tengan alguno de sus miembros en Madrid. ¿No es una cosa muy estraña que hoy estemos tan inseguros en esto como los mismos dias del combate? (1)

(1) Hé aquí la única relacion de heridos y muertos que hasta ahora se ha publicado. Creemos que en España y en el extranjero se leerán con avidez los nombres de estos héroicos adalides de la libertad. Es de advertir que en esta lista se incluyen, segun parece, algunos paisanos heridos en la accion de Vicálvaro.

HOSPITAL GENERAL.

SALA DE SAN BERNARDO.

HERIDOS EXISTENTES EN DICHA SALA. CAMA QUE OCUPAN, PUNTO Ó PARRAJE EN QUE FUERON HERIDOS, Y PRONÓSTICO DE SUS LESIONES.

Número de la cama.	NOMBRES.	CALLE.	Pronóstico.
4	Ramon Fernandez.	Mayor.	Grave.
6	Miguel Alonso.	Palma.	Id.
7	Juan Garcia.	Montera.	Id.
8	Antonio Villavilla.	Platería de Martinez.	Id.
10	Francisco Antonio Garcia.	Mayor.	Muy gr.
11	Francisco Rodriguez Telles.	Preciados.	Grave.
14	Juan Bernardo Brug.	San Anton.	Muy gr.
15	José Sato.	Carmen.	Grave.
16	José Rodriguez.	Aduana.	Leve.
17	Alonso Perez.	Imperial.	Grave.
18	Pedro Lopez.	Montera.	Id.

Segun la relacion que hemos citado de D. Casimiro Ru- fino Ruiz, relacion no muy exacta como todo el mundo sabe, ocho fueron los muertos de aquella mañana; «un paisano en la »puerta de la iglesia de los Italianos; un sargento de caballería »del Rey, calle del Curmen frente del café del Aseo (personas que le vieron morir aseguran que era soldado); tres en la Ba- »jada de los Angeles; uno calle de Jacometrezo; y dos hacia »Leganitos; pero debe haber habido muchos heridos en la Pla- »za Mayor, segun la cuajada sangre que se observa.»

Nosotros por nuestra parte podemos añadir que en la calle de Tudescos junto al callejon del Perro habia otro muerto de la clase de paisanos. El primer choque con la Guardia Civil, que salió de su cuarte'le, causó tambien la muerte de un indivi- duo por cada parte, y cuando las primeras avanzadas de Palacio llegaron á la calle de Preciados, hubo bastantes muertos de una parte y otra, como resulta de la relacion que ha publicado el jefe de las barricadas construidas allí despues. Los heridos fue- ron innumerables. Solo por la calle de Jacometrezo pasaron unos diez acompañados de inmensos grupos que de trecho en trecho se paraban á dar vivas á la libertad, al pueblo soberano y á la Milicia Nacional.

Número de la cama.	NOMBRES.	CALLE.	Pronóstico.
19	Manuel Jáuregui.	Arenal.	Id.
20	Francisco Cantora.	Jacometrezo.	Id.
21	José María Aldeguela.	Alcalá.	Id.
22	Ramon Rubio.	Atocha.	Id.
23	Jacinto Zorrilla.	Platerías.	Id.
25	Manuel Roman.	Puerta del Sol.	Grave.
26	Francisco Alvarez.	Jacometrezo.	Id.
27	Andrés Dagues.	Arenal.	Id.
28	Lorenzo Valles.	Salitre.	Leve.
29	Juan Valles.	Plazuela de Isabel II.	Grave.
30	Francisco Castro.	Idem de San Miguel.	Id.
31	José de Cora.	Magdalena.	Id.
32	José Doniga.	Jacometrezo.	Id.
33	Atanasio Pantoja.	Atocha.	Id.
34	Juan Inocente.	Carrera de San Geró- nimo.	Leve.
35	Alejo Ruiz.	Plaza Mayor.	Grave.
36	Cándido Casias.	Atocha.	Muy gr.
38	José Martinez.	Santa Cruz.	Grave.
40	Manuel Martinez.	Salitre.	Id.
41	José Bencejó.	Soldado.	Id.
42	José Gonzalez.	Magdalena.	Id.

SALA DE SANTA BARBARA.

1	Juan Garcia.	Plazuela de Isabel II.	Muy gr.
2	Agustin Echabarría.	Peligros.	Id.
4	Gregorio Basante.	Platerías.	Id.
6	Diego Valentin Perez.	Jacometrezo.	Grave.
8	Antonio Torija.	Puerta del Sol.	Id.
13	Cipriano Perez.	Campos de Vicálvaro.	Id.
14	Antonio Martinez.	Platerías.	Id.
15	José Garcia.	Mayor.	Id.
16	Antonio Martin.	Plaza Mayor.	Id.
17	Antonio Sanchez.	Cedaceros.	Idem (se amputó).
20	Manuel de la Cortina.	Preciados.	Grave.
22	Laureano Espero.	Campo de Guardias.	Id.
23	Manuel Garcia.	Cedaceros.	Id.
24	Feliciano Chardí.	Fomento.	Id.
25	José Alfonso.	Plaz.ª de Sto. Domingo.	Leve.
27	Manuel Izquierdo.	Cedaceros.	Grave.
28	José Roriguez.	Mayor.	Id.
29	José Sierra.	Jacometrezo.	Muy gr.
31	José Gonzalez.	Hileras.	Grave.
32	Antonio Alonso.	Tudescos.	Id.
33	Guillermo Bazquez.	Carrera de San Geró- nimo.	Id.
36	Gerónimo Martin.	Cedaceros.	Id.
37	José María Rodriguez.	Plaza de los Ministerios.	Id.
39	Vicente Huertas.	Concepcion Gerónimo.	Leve.
40	José Menendez.	Jacometrezo.	Grave.
41	José Ribero.	Plaza de Santa Cruz.	Leve.
42	José de Prado.	Ancha de San Bernardo.	Grave.
43	Vicente Rodenez.	San Bartolomé.	Leve.
6	duplicado. Matias Arnaiz.	Atocha.	Grave.

SALA DE LA ASUNCION.

3	Manuel Gomez.	Atocha.	Grave.
10	Joaquin Garcia.	Prado.	Muy gr.
12	Andrés Serrano.	Atocha.	Grave.
13	Sebastian Ponce.	Id.	Leve.
18	Bernardo Bruno.	Id.	Grave.

SALA DE DISTINGUIDOS.

4	José Garcia.	Plaza Mayor.	Amp. de pierna.
5	Luis Perez.	Platerías.	Grave.

SALA DE SAN HILARIO.

21	Ildefonso Martinez.	Puerta del Sol.	Leve.
----	---------------------	-----------------	-------

DEPARTAMENTO DE MUJERES.

Sala de Madrid.

25	Gabina de San José.	Sordo.	Leve.
53	Vicenta Cabanes.	San Gil.	Grave.

SALA DE SAN CARLOS.

58	Antonia Garcia.	Bordadores.	Grave.
----	-----------------	-------------	--------

SALA DE DISTINGUIDAS.

8	María Fernandez.	Carrera de San Geró- nimo.	Grave.
---	------------------	----------------------------	--------

Defunciones ocurridas á consecuencia de las heridas, despues de haberlos traído al hospital, y algunos al poco tiempo de su recepcion.—Plácido Rodriguez.—Domingo Canano.—Benito Abendaño.—Juan Gonzalez.—Antonio Orilmela.—Baldomero Escribano.—José Rodrigo.—Antonio Garcia.—Julian Martin.

Debe advertirse que la sala de la Asuncion estaba llena de militares, los cuales han sido trasladados al hospital de su nombre en los dias 23 y 24 en número de unos 20 segun recordamos; y por último, que se han ocurrido algunos heridos, sin poder fijar el número por no haber permanecido en este establecimiento, y trasladándose á sus casas.

Madrid 23 de julio.

Tambien la guardia de Correos se entretuvo desde el amanecer en disparar á todos los transeuntes armados ó desarmados. Allí perdió la vida de esta manera villana el desgraciado jóven don Francisco Dastis, uno de los mas brillantes alumnos de la escuela de ingenieros civiles, al atravesar desde la calle Mayor á la de la Montera. Iba de levita, y era tan imberbe y de estatura tan corta que pudo la tropa felicitarse de haber asesinado á un niño.

V.

El fuego, que habia cesado á las diez, volvió á trabarse á las doce y media por insistir los paisanos en incendiar el palacio de Cristina. Seria de desear se aclarase un punto de inmensa trascendencia. Las comisiones que iban á palacio averiguaban que el general Córdova habia hecho dimision y que se habia mandado cesar el fuego. Si esto se mandaba ¿por qué no se cumplia? Si lo primero era cierto, ¿por qué no se nombraba inmediatamente un ministerio popular? ¿Habia en palacio intrigas que impidiesen ambas cosas? ¿quién las tramaba?

Sin embargo, la dimision de Córdova está desmentida terminantemente. A la una y aun á las dos seguia tomando disposiciones en nombre de todo el ministerio, que resignaba gusto el poder en tan dignas manos.

Tambien se habla de un gobernador que tomó una parte muy activa en tan sangrienta resistencia. ¿Quién era el gobernador? ¿El Bep del Olí, como el pueblo decia? ¿Quesada, que anteriormente lo era?

Esta vez se trabó el fuego con mas energía que nunca en toda la zona de la plazuela de Santo Domingo. Los soldados habian aprovechado esta tregua para apoderarse de algunas casas de la calle de Preciados, y los guardias civiles para hacer obras defensivas en las ventanas de su cuartel. Unos y otros estaban ya á punto de darse la mano por el postigo de San Martin, cogiendo al pueblo entre dos fuegos, cuando se presentó á caballo y con una pequeña escolta el brigadier Garrigó con la mision de poner paz en todos, como lo decia el pañuelo blanco que en la mano tremolaba. Cedieron al principio las tropas á su ruego, y desalojaron aquel punto victoreadas por los paisanos que estaban locos de alegría; pero al llegar á la bajada de Santo Domingo no sabemos si por orden de sus jefes ó por inspiracion propia, volviéronse de súbito para hacer fuego á un grupo considerable de paisanos que habia en las esquinas de las calles Ancha de San Bernardo y Silva. Las víctimas de esta traicion fueron muchas, la mayor parte indefensas.

Tamb en se fijó á esta hora en las esquinas donde el pueblo lo toleraba, un bando conciliador del marqués de Perales, que no hizo en las turbas ningun efecto.

El de la raicion de la plazuela de Santo Domingo fué terrible. Ya no hubo pláticas de paz ni quien las oyera; ya matar ó morir fué el único deseo del pueblo. Desatentadas las tropas, hacian un fuego tan poco certero, que los combatientes estaban seguros, mientras caian muertos ó heridos algunos paisanos que se hallaban asomados en los balcones mas altos de la calle de Jacome rezo; y en la Ancha de San Bernardo, jun o á la administracion de loterías, es decir, á muchísima distancia del combate, murió una pobre niña de un balazo en la sien.

El brigadier Garrigó, vista la inutilidad de sus esfuerzos, tuvo que retirarse á la Plaza Mayor, donde fué mas afortunado. Recibido con entusiastas aclamaciones por todos los combatientes, tuvo el gusto de que rindieran las armas los de Guardia Civil; pero bien poco le duró este consuelo, pues de dos á tres de la tarde inundaron todos los puntos nuevas tropas con nueva furia. Esta vez se hizo ya uso de un arma horrorosa, que debia de ser crimen de lesa nacion el usarla en las calles. Hablamos de la artillería. ¡Ma dición sobre el primero que disparó un cañon en las luchas civiles! Para el cañon no hay inocentes ni culpables; para el cañon no hay monumento de las artes ni ornato público, y todo lo arrasa, todo lo destruye. El ciudadano pacífico, el enfermo, la débil mujer, el gracioso niño, el respetable anciano, pueden conservar sus dias rogando á Dios en sus lares por la patria, mientras el fusil vomita muerte y espanto á su misma puerta; pero cuando el cañon toma parte en la lucha no hay lares que salven al inocente de su ira, y á través de puertas, á través de paredes, la bala conducida por el crimen va á matar en su butaca al ciudadano pacífico, al enfermo en su cama, á la mujer en los brazos del esposo, al niño en el seno de su madre y al anciano ante el crucifijo donde se prepara á la segunda vida. ¡Horroroso cuadro!

Cada vez que pasea un cañon las calles de una ciudad se ahonda mil pies el abismo que separa al pueblo y al gobierno, porque el pueblo aprende mucho y el gobierno sin que consiga nada. El pueblo aprende que esos gobiernos tan apasionados del orden, tan apasionados de los adelantos materiales, tan entusiastas de la civilizacion y la cultura, no vacilan un punto cuando el interés mezquino de su conservacion los mueve, en turbar el orden hasta en la atmósfera, en destruir los adelantos materiales hasta en los edificios, hasta en las casas, y en renegar de la civilizacion hasta en la esfera de los hechos mas comunes. ¿Y qué consiguen? el cañon horroriza al pueblo, pero no le asusta; le irrita, pero no le hace retroceder; porque comprende que cada bala de cañon le cuesta mas dinero que sangre.

Diganlo los combatientes de Platerías. Allí se vió el efecto que hace la artillería en un pueblo que pelea resuelto por la libertad. Mientras las balas destrozaban las casas, los artilleros caian uno á uno heridos en el corazon, y el número de paisanos crecia por momentos hasta ser turbas inmensas, donde no faltaban niños ni mujeres; y en cuanto al terror que los poseyera, dígalo el pueblo entero que vió á un muchacho abrazarse de un cañon que se hizo abandonar momentáneamente á sus dueños y defensores. Por cierto que el infantil héroe, embriagado en su triunfo, no vió que el pueblo retrocedia otra vez y otra vez ganaban terreno los zapadores, y cuando con mas entusiasmo gritaba abrazado con el cañon,—este es mio! este es mio!—vino á arrancárselo con la vida un zapador que le atravesó de un bayonetazo.

Ambas zonas de la plaza Mayor y la de Oriente estaban inundadas de tropas; mas en ninguna parte era la lucha tan viva como en la calle de Platerías. Apoderáronse los soldados de algunas casas, y desde balcones y tejados hacian fuego sobre la calle, mientras la metralla la barria. Del mismo modo ocupaban los municipales la calle de Ciudad Rodrigo, hasta que buscando el paisanaje un medio de evitar aquella lluvia de ba-

las, ocuparon otras casas de la misma calle, con que se trabó una acción aerostática, por decirlo así. En ella hubo un caso horrible, de que no queremos privar á nuestros lectores. Por una boardilla de la calle Mayor habían bajado dos guardias ci-

mo donde estaba sosteniendo el fuego una compañía de ingenieros encerrada en el casino. Dióle algunas instrucciones que sin duda se encargó de cumplir el conde de Cuba, que en aquel momento cayó muy mal herido, y dirigióse después á la plazuela de Santa Ana, por la calle del Lobo, donde fusiló á algunos paisanos indefensos. Ya en la calle del Prado, subió á la plazuela de Santa Ana y desde allí á la del Angel, no sin que por vanguardia y retaguardia salieran de las calles vecinas algunos paisanos á hacerle fuego.

Hasta entonces la calle de Atocha había sido teatro de algunos encuentros parciales donde había quedado el triunfo por el pueblo. El ser muralla, por decirlo así, de Lavapies, el estar en la línea de comunicaciones de Palacio y por consiguiente de la plaza Mayor, su propia estructura y otras cualidades puramente accidentales daban á la calle de Atocha mucha importancia estratégica. Así pues era urgente limpiarla de canalla, y aquella canalla sabía resistir de una manera admirable. Diez ó doce hombres metidos ¡cosa estraña! en el pilon de la fuente de Anton Martin había hecho retroceder por dos veces á la misma caballería que dió las cargas de la calle Mayor. Cuatro ó seis hombres solamente en cada boca-calle desde la de Cañizares hasta la de Concepcion Gerónima, combinados con un peloton que detrás del Banco estaba formando ya una barricada, habían impedido que las tropas de la Puerta del Sol y de la plaza Mayor

ñizares, y desde allí empezó á disparar discreción metralla y bala rasa. No pasamos por aquel sitio una vez siquiera sin vencerlos de que á Gándara le debió de asaltar una manía muy donosa y semejante á las de D. Quijote. Antojárasele debió de aquella magnífica y nueva casa era castillo y guarnecido de malsines por añadidura; pues de lo contrario no se comprende que malgastara en destruirla todas sus altas dotes militares. Si este fué su objeto cumplidamente lo logró; pero si fué destruir enemigos de carne y hueso, no ha llegado á nues-



La redaccion de *Las Novedades* en la mañana del 19 de julio.

viles hasta la cornisa del edificio, desde donde hacian fuego á la calle sobre seguro; pero no bien hubieron subido los paisanos á la casa de enfrente, cuando uno de los civiles cayó á la calle de un balazo cayendo el otro detrás cegado sin duda por el terror ó atraído por el abismo.

D. Casimiro Rufino Ruiz, dice que en aquel punto los muertos eran mas de cincuenta y doble número los heridos.

En cuanto á la tenacidad, al heroísmo del pueblo, lo prueba el haberse tenido que dar cargas de caballería para despejar la calle. Y ni por esas se consiguió. Tres cañones quedaron abandonados, y aunque faltaban armas y todo género de municiones, á la caída de la tarde se vió la tropa obligada á retirarse, porque si la acción durara hasta la noche hubiera quedado en cuadro. Según el citado Ruiz, solo en la Plaza Mayor había seis cadáveres cuando el pueblo volvió á ocuparla. Los heridos debieron tambien de ser muchos, porque no parecía sino que la hubiesen regado con sangre.

III.

Tenemos que retroceder un tanto á escenas muy semejantes á las que acabamos de referir.

Cuando salió Gándara del ministerio de la Guerra dirigióse por el Prado seguido de la artillería á la carrera de San Geróni-

ganaran terreno por aquel lado. Así pues la empresa de Gándara era en verdad digna de un héroe.

Colocó, pues, una batería en la plazuela del Angel, enfilada á la iglesia de San Sebastian, casi enfrente de la calle de Ca-

tra noticia que lo consiguiera. Los valientes paisanos se estaban muy tranquilos, unos en la calle de Cañizares, á donde por cosa de media vara que acaso Gándara no supo medir, no llegaba la artillería, otros en las demás boca-calles y otros en fin en los tejados y balcones. Cuando la fuerza se atrevió á penetrar en la calle de Atocha fué recibida con una descarga, de la cual cayó muerto un capitán de artillería delante de la casa en cuestion.

Aquel combate fué uno de los mas heróicos que presencié Madrid en tan revueltos dias. De todos los tejados, de todos los balcones, de todas las casas en fin llovían incesantemente sobre la tropa, muebles, piedras, tejas, maderos y tiros. En un momento quedó la calle sembrada de despojos y de heridos. Los soldados arrojaban los fusiles para cubrirse la cabeza con las manos, y aun el mismo Gándara al hacer este ademán fué herido en el brazo que le servía de escudo. ¡Horroroso combate!

Varias veces quedaron los cañones enteramente abandonados en medio de la calle porque sus defensores se guarecían en las puertas, y mientras tanto los bravísimos paisanos seguían haciendo fuego imperturbables. Así recorrió Gándara toda la calle hasta Anton Martin, logrando la única victoria de introducir tres balas rasas en una casa enfrente de la plazuela de Matute, y otras dos ó tres en la que hace frente á San Sebastian. Esta magnífica casa, que sufrió tambien muchos disparos de metralla, ha quedado en una situación lamentable, y ya todo Madrid á contemplar en ella los estragos de la moderna barbarie.

V. BARRANTES.



Parlamento portador á la Junta, del decreto denominamiento de Espartero.

Defensa de la plaza de Santa Domingo, en la madrugada del 18 de julio, contra dos compañías de cazadores de Baza mandadas por Gándara, las cuales tuvieron que retirarse por el nutrido fuego y lluvia de diez ciudadanos.